



UNA RUBIA CON AGALLAS

Clark Carrados





PUNTO ROJO



CLARK CARRADOS

**UNA RUBIA
CON AGALLAS**

Colección **PUNTO ROJO** n.º 913
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA · BOGOTÁ · BUENOS AIRES · CARACAS · MÉXICO

ISBN: 84-02-02520-X

Dépósito legal: B 28.361 - 1979

Impreso en España - Printed in Spain

1ª edición: octubre, 1979

© Clark Carrados - 1979
texto

© Desilo - 1979
cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1979

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE SERIE ROJA:

1.661. — El valle olvidado.

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.528. — El caso «Sésamo».

En Colección BUFALO SERIE ROJA:

1.058. — Sed de odio, sed de sangre.

En Colección CALIFORNIA:

812. — Abogado de revólver.

En Colección KANSAS:

1.030. — Derrota y victoria.

En Colección BRAVO OESTE:

626. — Clave para el asesino.

En Colección SALVAJE TEXAS:

818. — El fin de la cuenta.

En Colección ASES DEL OESTE:

635. — Las siete chicas de oro.

En Colección BISONTE SERIE AZUL:

138. — Contratados para morir.

En Colección BUFALO SERIE AZUL:

66. — Destinos ardientes.

En Colección PUNTO ROJO:

913. — Una rubia con agallas.

En Colección COLORADO:

1.069. — Unidos por el odio.

CAPÍTULO PRIMERO

Se levantó y, en pie, sin el menor velo que cubriese su espléndido cuerpo, bostezó aparatosamente. Lex *Cross* la miró entre escéptico y resignado. Hermosa como pocas, pero algo tonta, y por los síntomas, escasamente apasionada. «Claro que es tan guapa, que eso lo disculpa todo», pensó, mientras ella volvía la cabeza para mirarle sonriendo.

—Tengo que marcharme, querido —dijo la joven, muy rubia, con el pelo casi blanco, de tan claro.

—Por supuesto —contestó él.

—¿Lo has pasado bien, cariño?

—Maravillosamente, preciosa.

Ella se sentó en una silla y empezó a ponerse las medias.

—Tengo que pedirte uh favor, encanto —dijo.

—Lo que quieras, muñeca.

—Verás... Mi pobre madre está internada en una clínica psiquiátrica... Ya no responde y... En fin, los gastos son muchos, como puedes comprender. ¿No querías prestarme trescientos dólares?

Cross torció el gesto. Conocía el truco, pero ¿qué iba a decir?

—Doscientos cincuenta —masculló.

—De acuerdo.

Una vez vestido, contó el dinero y lo metió en el vasto escote de la rubia.

—Deseo que tu pobre madrecita se cure pronto —dijo.

—Gracias. Eres muy bueno.

—Te acompañaré hasta que puedas encontrar un taxi —se ofreció él.

La rubia terminó de vestirse. Luego, al salir, se apoyó lánguidamente en el hombro de *Cross*.

—Me has hecho tan feliz... ¿Cuándo volveremos a vernos?

«Con estos precios, en la vida», pensó *Cross*.

—Muy pronto —mintió.

Salieron a la calle y caminaron sin prisas. De pronto oyeron a corta distancia la voz de una mujer, que reía alegremente.

Cross volvió la cabeza. Una pareja salía en aquellos momentos de un «club» nocturno. Ella aparecía espléndidamente ataviada, con un traje plateado y una estola de armiño descuidadamente echada sobre los hombros. El vestía traje de etiqueta. Era un sujeto alto, fornido, de aspecto enérgico.

—Menuda piel —dijo la rubia.

—Algún día la tendrás —vaticinó *Cross*.

En aquel instante, oyó unos pasos a corta distancia.

Alguien corrió por delante de ellos, hasta situarse junto a un árbol, cuya copa cerraba el paso a la luz del farol próximo. *Cross* divisó un brillo metálico en las manos del sujeto y comprendió en el acto lo que iba a suceder.

Instantáneamente, tiró de la rubia hacia la protección del portal más próximo. Ella quiso protestar, pero *Cross* le tapó la boca con la mano.

Aquella mejor situación le hizo ver el brillo de una cabellera rubia. No obstante el rostro permanecía aún en sombras, pero podía divisar perfectamente la silueta femenina, con los pechos claramente recortados contra la luz del fondo, la esbelta cintura y las caderas firmes y bien contorneadas por los pantalones negros que vestía.

Pero en la mano tenía una pistola. El cañón era muy largo y grueso. Además, se ayudaba con la mano izquierda, para sostener mejor el arma.

Todo sucedió en un instante. La pistola emitió un ligero chasquido.

Cross volvió la cabeza. El hombre alto y fornido se tambaleó.

—Nate, ¿qué te ocurre? —preguntó su hermosa acompañante.

El no tuvo tiempo de contestar. La segunda bala llegó en aquel momento y le alcanzó en medio de la frente. Su cabeza osciló con violencia un par de veces. Luego empezó a caer, doblándose las rodillas, antes de chocar contra el suelo.

La mujer de la piel de armiño lanzó un horroroso chillido. *Cross* miró hacia la asesina, que salía a todo correr, hacía la esquina más

próxima, tras la que desapareció un segundo después.

Los gritos de la mujer seguían atronando la calle. La gente salió del «club» nocturno, cuyo portero uniformado se arrodillaba ya junto al caído. *Cross* oyó el rugido de un motor que aceleraba brutalmente.

A su lado, la rubia temblaba como una hoja seca.

—Es... ha... ha sido horrible... Hemos visto asesinar a un hombre.

—Sí —convino *Cross*—. Ha sido un asesinato.

Algo muy intrigante, pensó, si se tenía en cuenta que lo había hecho una mujer.

A lo lejos se oyó la sirena de un coche patrulla que se acercaba a toda velocidad. *Cross* empujó a la rubia.

—Lo mejor será escurrir el bulto —dijo—. Vámonos.

Ella aceptó de inmediato. Mientras caminaban en busca de un taxi. *Cross* se preguntó quién podría ser la misteriosa rubia que había asesinado a un hombre y los motivos que habían originado su acción. «Los celos», llegó finalmente a una conclusión.

A mediodía leyó el periódico mientras hacía un almuerzo que, en realidad, era su desayuno, puesto que se había levantado pasadas las once. La víctima se llamaba Nate Horston y era un distinguido ejecutivo del grupo de empresas Finney. Nadie, por el momento, sabía a qué atribuir el asesinato ni mucho menos se conocía la identidad del homicida, aunque algunos hablaban de resentimientos personales. Pero el desconcierto era la norma general.

Cross dobló el periódico y terminó de almorzar. Ahora recordaba haber oído hablar de Horston tiempo atrás. Si lo que le dijeron era cierto, su trágico fin resultaba completamente natural.

«Quien a hierro mata...», se dijo con cierta sorna. Pero lo que más le intrigaba era la rubia de la pistola con silenciador. Una tía con agallas, pensó.

Ahora tenía que aplicarse al trabajo y no le faltaba. Aunque actuaba por lo general independientemente, le habían encomendado una investigación de peculiares características, lo que le llevó dos semanas de su tiempo. Pero lo concluyó satisfactoriamente y empezó a preparar la factura.

Al día siguiente, llevó un extenso informe y la minuta de

honorarios al abogado que le había encomendado la investigación para la defensa de su cliente. La puerta del despacho estaba abierta y entró sin molestarse en llamar.

Detrás de la mesa de trabajo, había una mujer, en pie, leyendo unos documentos, con la ayuda de unas grandes gafas. Tenía el pelo de color rubio oscuro y vestía severamente: blusa blanca, cerrada de cuello y mangas, con falda color café. La única joya que se advertía en su atuendo era un camafeo sobre el cuello de la blusa.

—Perdón, me he equivocado —dijo.

—No se ha equivocado, señor *Cross* —exclamó ella, mirándole por encima de los lentes—. Éste es el despacho del abogado Warburton. Mejor dicho, lo era hasta hace un par de días.

Cross enarcó las cejas.

—¿Qué le pasa? ¿Ha dejado el oficio?

—A la fuerza. Está en el hospital, tratándose un amago de infarto de miocardio. Los médicos dicen que deberá retirarse durante una larga temporada. Soy Gail Toland, su hija y también abogado. A partir de ahora, deberá entenderse conmigo, señor *Cross*.

—Toland no coincide con Warburton —observó él.

—Realmente, soy hijastra —explicó la joven—. Pero eso no tiene importancia ahora, señor *Cross*.

—El nunca me habló...

—Creo que los asuntos privados no se deben mezclar con los profesionales. ¿Ha traído usted el informe sobre el caso McDonald?

—Sí, señora.

—Señorita —puntualizó ella—. Démelo, por favor.

Cross le entregó un grueso sobre. Gail lo abrió, sacó de su interior unas hojas de papel y las examinó rápidamente.

—Lo leeré luego con más detenimiento —dijo al cabo.

—¿Piensa defender usted a McDonald?

—Por supuesto.

—Es un caso de cadena perpetua.

—¿Qué le hace suponer que mi habilidad forense no pasa de defender a vulgares ladrones de bolsos y atracadores de farmacias? —preguntó ella heladamente.

—Perdón, no quise ofenderla. Sólo traté de decir...

—No siga, por favor. ¿Ha traído la nota de sus honorarios?

—Sí, señorita. Aquí la tiene.

Gail leyó la hoja de papel que *Cross* le tendía. Al cabo de unos segundos, dijo:

—Doscientos dólares diarios es mucho. Le pagaré ciento cincuenta, más los gastos, en los que no encuentro nada reprochable.

Cross agarró el sobre con los informes y se encaminó hacia la puerta.

—Investigue usted misma, señorita Toland —dijo con no menor frialdad.

—¡Espere! —chilló Gail—. ¡No se vaya!

—¿Que no me vaya? —Con la mano sobre el pomo de la puerta, *Cross* miró furiosamente a la joven—. He estado pateando la calle día y noche; me he entrevistado con decenas de personas, a algunas de las cuales tuve que arrancarles las respuestas con tenazas; dos me arrojaron sendos cubos de agua, otra me puso un ojo negro y una cuarta me arreó un sartenazo en la cabeza. ¿Y todavía pretende que le rebaje la minuta? ¿Quiere que le pague yo dinero por el honor de investigar para usted?

Ella se mordió los labios.

—Son dieciocho días, a doscientos dólares...

—La tarifa acostumbrada. Su padre nunca me regateó nada. Incluso en un caso como el presente, el cheque, que debería ser de tres mil seiscientos dólares, lo habría completado hasta cuatro mil.

—Yo quería reducir gastos, señor *Cross*.

—No a mi cuenta, por supuesto.

Se miraron mutuamente durante un segundo. Luego, Gail se sentó y sacó del cajón central el talonario de cheques.

—Tengo que reorganizar este bufete —dijo—. Mi padre era un tamo despreocupado...

—Pero obtenía grandes éxitos...

Gail calló. A los pocos momentos, se levantó y entregó el cheque a su visitante.

—¿Satisfecho?

Cross leyó la cifra y devolvió el sobre.

—Llámeme cuánto guste —sonrió.

—Lo dudo mucho. Buscaré a otro detective que cobre menos.

—Si quiere fracasar, allá usted —se despidió *Cross*

irónicamente.

CAPÍTULO II

Una semana más tarde, *Cross* recibió una llamada telefónica, cuando todavía estaba durmiendo. Situado boca abajo, con la almohada encima de la cabeza, alargó el brazo y cogió el teléfono.

—*Cross* —dijo.

Una voz femenina sonó al momento en sus oídos:

—Soy la abogada Toland. ¿Puede venir a mi despacho enseguida?

—¿Le corre prisa?

—Un poco. Por favor...

—Está bien, deje que me levante de la cama...

—¿Pero todavía está acostado? —se escandalizó ella.

—Señorita Toland, mis horarios de cama no son de su incumbencia —contestó fríamente él.

—Oh, le ruego que me dispense... Pero le necesito.

—A la misma tarifa, ¿eh?

—Por supuesto.

—Está bien, iré lo antes que me sea posible.

Cross colgó el teléfono y, bostezando aparatosamente, saltó de la cama y se metió bajo la ducha. Mientras tanto, la cafetera automática estaba funcionando.

Salió del baño y se tomó una taza de café. Luego fue en busca de su coche. Minutos después, arrancaba en dirección al despacho de Gail.

Delante de él, rodaba un automóvil descapotable, de color claro. Iba conducido por una rubia. *Cross* empezó a pensar, por asociación de ideas, en la rubia medio tonta que tenía a su pobrecita madre en un manicomio. Pero sus entusiasmos se enfriaron de inmediato, cuando pensó en la tarifa.

—Que se vaya al diablo —rezongó.

En aquel momento, el descapotable empezó a dar bandazos. *Cross* frenó. El coche que le precedía tenía una rueda completamente deshinchada. Su conductora, sin embargo, supo dominarlo y lo detuvo a un lado.

—¿Me permite que le ayude, señora?

La rubia se enderezó y le miró a través de sus grandes gafas oscuras.

—Las calles no están tan limpias como parece —dijo.

Cross abrió el maletero, para sacar la rueda de repuesto.

—Estará listo en pocos minutos, señora —aseguró.

—Gracias, es usted muy amable.

Cross se quitó la chaqueta y empezó a trabajar. Al concluir su tarea, se limpió las manos con un pañuelo.

—Vaya a una estación de servicio y haga que le reparen el neumático inmediatamente, señora —aconsejó.

Ella sonrió.

—Así lo haré, señor...

—*Cross*, Lexington Stephen *Cross*, señora.

—Yo soy Bonnie Syphall. Encantada, señor *Cross*.

Era muy hermosa. Aún no había cumplido los treinta años y poseía una silueta escultural. Pero como llevaba los guantes de hilo blanco, no pudo saber si llevaba anillo de casada.

—Adiós, señora Syphall.

—Adiós, señor *Cross*.

Quince minutos más tarde entraba en el apartamento de Gail Toland. Torció el gesto al ver el vacío antedespacho. ¿Qué habría sido de las dos mecanógrafas y de la secretaria que Warburton tenía allí constantemente? ¿Acaso su hija tenía la manía de economizarlo todo?

Cuando abrió la puerta del despacho, lo primero que vio fue un redondo trasero. Ella estaba inclinada, de espaldas a la puerta, ocupada en recoger algo que se le había caído al suelo.

Cross levantó la mano derecha. La atracción de aquella curva superficie era irresistible. Entonces, sorprendentemente, ella dijo:

—Ni lo intente, señor *Cross*.

El joven respingó.

—Sólo iba a... a rascarme la oreja.

Gail se enderezó y giró en redondo.

—Ya —dijo sarcástica. Se sujetó un broche a su inevitable blusa blanca y pasó detrás de la mesa—. Siéntese, por favor.

—¿Dónde está? —preguntó él.

—¿Dónde está qué?

—La botella. Su padre me invitaba siempre a un trago.

—Detesto el alcohol. Es causa de la perdición de la mayor parte de los hombres.

—La próxima vez, vendré vestido de negro y con una Biblia en las manos. Por supuesto, a partir de ahora, procuraré no sonreír.

—No tengo ganas de bromas, señor *Cross* —dijo ella fríamente. Alargó la mano y tomó un papel que tenía encima de la mesa—. Hay nuevas implicaciones en el caso McDonald.

—Pensé que ya se habría celebrado el juicio —dijo él asombrado.

—He conseguido del juez un aplazamiento. McDonald alega tener un testigo que puede probar su coartada.

—¡Hum!

—¿Qué significa ese «¡hum!» señor *Cross*?

—Duda, escepticismo. Y no me rió, porque aquí está prohibido.

—Se cree muy gracioso, ¿eh?

—No. Ahora, cuando entro en la oficina, me creo en una funeraria.

—¡Basta! —cortó ella irritada—. A partir de ahora, no va a ser como en tiempos de mi padre. Este bufete ha dejado de ser un antro de perversión. ¿Lo entiende?

Cross elevó los ojos al cielo.

—¡Nos ha salido puritana! —clamó.

—Tengo mis propias convicciones. Haga el favor de respetarlas —pidió Gail enérgicamente.

—Sí, señorita. Lo siento mucho...

—Usted ¿qué va a sentir? —dijo ella con acento despectivo—. Pero será mejor que nos atengamos a lo que interesa.

—El testigo.

—La testigo.

—Es una mujer.

—Mide un metro setenta, tiene veintinueve años, ojos marrones y pelo castaño. Divorciada, exmodelo fotográfica... y de algunas otras cosas que el pudor me impide mencionar.

Cross se tapó la boca ostentosamente. Hubo un chispazo de cólera en los ojos de Gail, pero logró dominarse y continuó:

—El nombre es Annie Meeker y su última residencia el número tres mil cuatrocientos dos de la calle Main. Trate de encontrar a esa... señora y vea si se puede conseguir que declare en favor de McDonald.

—Sí, señora. ¿Algo más?

—Eso es todo, señor *Cross*.

—Haré lo que pueda. Ah, si no le importa, iré a visitar a su padre.

—Está en casa —indicó Gail.

Cross se levantó y miró escrutadoramente a la joven. ¿Qué había debajo de aquella blusa?, se preguntó.

«Nada, está plana como una tabla. Y más adentro aún, sólo hay hielo», pensó.

Giró sobre sus talones y fue hacia la puerta. Cuando iba a salir, ella le llamó:

—Señor *Cross*.

—¿Sí? —dijo él, con la cabeza vuelta a medias.

—¿Le gusta su profesión?

—Hay otra que me agradaría más, pero, desgraciadamente, carezco de base para ejercerla.

—¿Cuál es, por favor?

—Jeque del petróleo.

Ella meneó la cabeza.

—¿Es que no sabe hablar en serio? Usted es también abogado, pero prefiere patear las calles...

—Me ahogo en una oficina. Pero, de cuando en cuando, hago trabajos manuales para cambiar un poco.

—¿Qué trabajos manuales?

—Poseo un terreno cerca del desierto. Voy allí una o dos veces al mes y cavo con un pico. Algún día encontraré petróleo.

—¡Salga! —gritó Gail descompuestamente.

Cross meneó la cabeza.

—Pobre chica —suspiró con aire compasivo.

Cross sacó cigarrillos y ofreció uno al hombre que estaba sentado en una mecedora en el porche, pero obtuvo una negativa

como respuesta.

—Los médicos me lo han prohibido, muchacho —dijo Chester Jarvis Warburton.

—Lo siento, compadre —manifestó *Cross*—. De todos modos, ofreces un magnífico aspecto.

—Realmente, me encuentro bien. Pero había trabajado demasiado en los últimos tiempos. No merece la pena matarse a trabajar, Lex. Eso acorta la vida.

—Tu hija no piensa igual, Chester.

—Una muchacha excelente, ¿verdad?

—Chester, viejo zorro, llevamos trabajando juntos muchos años, pero nunca me dijiste que tenías una hijastra.

—No es hijastra, es hija —declaró Warburton sorprendentemente.

A *Cross* casi le cayó el cigarrillo al oír aquellas palabras.

—Entre tú y ella me vais a volver loco —rezongó.

—Su madre era una mujer casada, separada, pero no divorciada del marido. Eso pasó hace veintisiete años. Al fin, logré convencerla de que se divorciara, pero antes de que pudiéramos casarnos, murió.

—¿Lo sabe ella?

—Sí.

—Y le avergüenza saber que es una hija natural.

Warburton hizo un gesto ambiguo.

—La verdad es que yo la convencí de que dijese siempre esa mentira. A mí podía perjudicarme profesionalmente... Eso es algo que para Gail no tiene la menor importancia, pero lo comprendió cuando se lo dije.

—Te ha salido puritana, Chester.

—Eso sí es cierto, aunque no es malo, me parece.

—Todas las cosas, cuando se exageran, son malas, incluso las más buenas —dijo *Cross* sentenciosamente—. De todos modos, no importa. Dime, ¿te tiene ella al corriente de su trabajo?

—No. Es muy independiente. Dijo que si los médicos me habían recomendado reposo, no veía los motivos para darme preocupaciones, viniendo a consultarme en sus dificultades. Pero si tiene alguna duda...

Cross le palmeó la rodilla a su amigo y se puso en pie.

—No, nada de particular. Sólo vine a charlar un rato contigo. Me alegro de haberte encontrado tan bien, Chester.

—Gracias, muchacho. ¡Buena caza!

Cross sonrió. Era la frase ritual de Warburton cada vez que le encomendaba una investigación.

—¿Annie

M'eecker?

—dijo la mujer, mientras meneaba la cabeza repetidas veces—. Oh, hace mucho tiempo que no vive aquí. Se marchó y no dejó su nueva dirección. Pero si quiere encontrarla, vaya al estudio fotográfico de Peter Van Roeyn. Quizá allí le digan algo. Trabajaba como modelo, ¿sabe?

Cross ocultó su decepción tras una cordial sonrisa.

—Gracias, señora.

Recompensó la información con un billete de cinco dólares, que anotaría en la cuenta de los gastos, y salió a la calle.

Peter Van Roeyn era un sujeto alto, delgado, de grandes cabellos grises y maneras afectadas, que se tocaba con una gran boina de terciopelo color vino y vestía una blusa de pintor. Sus manos estaban cuidadosamente manicuradas y a cada momento estaba echándose aliento en las uñas y frotándoselas contra el pecho.

—¿Ha dicho Annie Meeker, señor *Cross*? —habló con voz ridículamente aflautada.

—Sí, señor, la misma. Me dijeron que trabajó en su estudio...

—Oh, sí, era una de las mejores modelos. Una verdadera belleza, créame.

—Necesito encontrarla. ¿Puede decirme su residencia actual?

—Lo siento. Dejó de trabajar para mí hace varios meses. Un día tenía que acudir a posar, pero me llamó por teléfono y me dijo que ya no quería seguir siendo modelo. Mencionó algo de una herencia y supuse que ahora tenía dinero y no quería hacer... ciertas cosas.

Cross miró de reojo al afeminado sujeto. «En este cochino mundo tiene que haber de todo», se dijo.

—Al menos, podrá dejarme alguna fotografía...

—Oh, sí, claro, no tengo ningún inconveniente.

Según la fotografía, Annie Meeker era una hermosa mujer de cabellos rojizos y rostro un tanto exótico, con los pómulos salientes

y los ojos ligeramente oblicuos. Su sonrisa era enteramente profesional, pero, aun así, resultaba atractiva.

Van Roeyn le enseñó más fotografías, algunas de las cuales eran de cuerpo entero y mostraban a la joven desnuda. En varias de ellas aparecía en compañía de un hombre, también desnudo, y en posiciones terriblemente eróticas.

El hombre era joven y sumamente atractivo.

—¿Le conoce? —preguntó *Cross*.

—Warner Hoffman —respondió el fotógrafo—. Pero hace también muchos meses que no viene por aquí. Le llamé varias veces y acabé cansándome de no obtener respuesta de su teléfono. No sé qué habrá sido de ese hombre.

—¿Puede darme su dirección?

—Claro.

Cross anotó el nombre y las señas de Hoffman. En aquel momento entró un individuo en el estudio.

—Charles, qué gusto de verte aquí —exclamó Van Roeyn afectuosamente—. Hacía tanto tiempo que no te veía...

—Hola, Peter —dijo el recién llegado, un tipo alto, rubio, musculoso y atractivo como un galán de cine.

—El señor *Cross* se marchaba ya —manifestó el fotógrafo, con los ojos fijos en el recién llegado.

Cross contuvo una sonrisa.

—Sí, ya me iba —concordó—. Gracias por todo, señor Van Roeyn.

El fotógrafo no le hizo ningún gesto. Al salir, *Cross* escupió.

Caminó unos cuantos pasos. De pronto, vio a alguien conocido.

Ella tenía unos cuantos paquetes en las manos. *Cross* se le acercó de inmediato.

—¿Me permite, señora Syphall?

La rubia se volvió. Una alegre sonrisa apareció en sus labios.

—¡Qué agradable casualidad, señor *Cross*! —exclamó—. Pero no es necesario que se moleste; como ve, ya estoy junto a mi coche.

Bonnie dejó los paquetes en el asiento posterior. Luego se quitó las gafas de color y dejó su rostro enteramente al descubierto.

—Todavía no le he agradecido la ayuda que me prestó el otro día —dijo—. ¿Me permite pagarle una copa?

—Acepto encantado —contestó *Cross* sin vacilar.

Bonnie llevaba ahora las manos al descubierto y no se veía en el dedo correspondiente ningún anillo de casada.

CAPÍTULO III

El hombre abrió la puerta de su casa con la llave, cruzó el umbral y buscó el interruptor de la luz. Luego cerró y se dispuso a quitarse la chaqueta, pero entonces vio a la mujer que estaba en el centro de la habitación y frunció el ceño.

—¿Quién es usted? —preguntó—. ¿Qué hace aquí?

Ella era rubia, de buena estatura, y vestía blusa y pantalones negros. Sus manos estaban situadas a la espalda.

—No sé si me conocerás o no, pero lo sabrás muy pronto —dijo con voz tensa.

—Pero ¿qué diablos pretende?

Una pistola apareció de pronto ante los ojos del hombre.

—Oiga... —empezó a gritar, pero la bala fue más rápida y le atravesó el estómago.

Cayó de rodillas. La mujer se le acercó lentamente y pronunció un nombre.

—Ahora lo recuerdas, ¿verdad, Barney Halloran?

El sujeto estaba arrodillado, con las manos en el estómago. Su rostro estaba deformado por el dolor.

De pronto hizo un esfuerzo supremo y consiguió llevar la mano a la culata de su pistola, oculta bajo la chaqueta. Ella hizo un segundo disparo.

Halloran cayó pesadamente, de bruces. Sus pies se agitaron todavía un poco.

La pistola con el silenciador fue a parar al bolso que la mujer llevaba pendiente del hombro. Abrió la puerta, salió, cerrando con todo cuidado y se alejó como una negra sombra, silenciosa y terrible.

Sentado ante la barra de una cafetería, *Cross* leyó la noticia al día siguiente, mientras desayunaba. Barney Halloran, miembro destacado del equipo directivo de las empresas Finney, había sido

encontrado muerto en su apartamento.

La causa de su muerte eran dos proyectiles calibre 38, uno en el pecho y otro, sin duda el tiro de gracia, en la cabeza. Nadie había visto en la casa al asesino, ni nadie podía mencionar el menor dato acerca de la persona que había dado muerte al tal Halloran.

El periodista especulaba con un posible ajuste de cuentas, aunque también incluía la hipótesis de la venganza. Pero, como la policía, se sentía terriblemente desconcertado por un asesinato que, sin duda alguna, estaba estrechamente relacionado con el de Nate Horston.

Aquel problema no era suyo, decidió *Cross* finalmente. Terminó de desayunar, pagó la nota y salió a la calle.

Media hora más tarde, entraba en un edificio de apartamentos.

—Busco a Warner Hoffman —dijo al portero.

—Lo siento, señor; el señor Hoffman ya no vive aquí.

Cross ya se esperaba una respuesta parecida, por lo que no sufrió ninguna sorpresa.

—¿Hace mucho tiempo que se marchó?

—Oh, unos seis, tal vez siete meses. No puedo recordar la fecha exacta, aunque si lo desea, consultaré el libro...

—No será necesario, gracias. —*Cross* dudó un momento y, al fin, sacó un billete de diez dólares—. Me gustaría visitar el apartamento del señor Hoffman.

El conserje meneó la cabeza.

—Imposible. Está habitado.

Cross torció el gesto.

—Lamentable —murmuró—. Por favor, ¿sabe si el señor Hoffman dijo adonde pensaba dirigirse?

—No. Lo único que puedo decirle... En el primer momento, me parecieron policías, pero luego me dije que no podían serlo...

—¿Quiénes eran? —preguntó el joven interesándose.

—Los hombres con los que marchó el señor Hoffman. Uno le llevaba la maleta. El otro le sujetaba por el brazo y le contaba chistes, que no debían hacerle ninguna gracia, porque el señor Hoffman estaba muy serio. Salieron de la casa, subieron a un automóvil que ya les aguardaba en la puerta, se marcharon... y eso es todo.

—De modo que se fue con dos hombres. ¿Puede recordar algún

detalle personal de esos individuos?

—Eran jóvenes, algo mayores que usted, robustos..., por eso me parecieron policías en el primer momento. Ah, sí, ahora recuerdo; uno de ellos tenía señales de quemaduras en el lado izquierdo de la cara y le llegaban hasta la oreja, que estaba retorcida de un modo extraño.

Cross dominó un gesto de sorpresa. Conocía al sujeto de la cara quemada. Precisamente por lo mismo le llamaban Cara de Fuego, cosa que sabía no le gustaba en absoluto.

Luego sacó la fotografía que le había dado Van Roeyn.

—Esta mujer era amiga del señor Hoffman. ¿La ha visto?

—Sí. Vino al día siguiente de su marcha. Le dije lo que le había pasado y se echó a llorar. Yo pensé que el señor Hoffman la había abandonado, pero, claro, estas cosas suelen pasar... Ella se marchó a poco y ya no la he visto más.

—¿Le contó lo sucedido?

—Por supuesto. Le di agua con un poco de *whisky* para que se tranquilizara y ella lo agradeció con una propina.

«Te he calado, pájaro», pensó *Cross*. A fin de cuentas, el servicial conserje se había merecido los diez dólares de propina.

De pronto, recordó un detalle.

—Oiga, si el señor Hoffman se marchó, ¿cómo canceló el contrato del alquiler de su apartamento?

—Oh, me llamó por teléfono al día siguiente. Dijo que me enviaría el dinero por correo y, como lo recibí pocos días más tarde, ya no volví a preocuparme del asunto. Luego alquilaron el apartamento y...

Cross hizo un gesto con la mano.

—Gracias, amigo —se despidió.

Gail Toland entró en su despacho y se detuvo en seco al ver a *Cross* con un cigarrillo en la mano y un vaso en la otra.

—No me gustan ni el tabaco ni el alcohol —dijo cortantemente.

—Yo no le obligo a usted ni a beber ni a fumar.

—Es malo para la salud...

—Mi salud es cosa mía, señorita Toland. —*Cross* apuró el contenido del vaso y lo dejó sobre la mesa—. A veces, conviene tener una botella a mano, para obsequiar a algún cliente.

—Soy secretaria de la Liga Pro Templanza Total —contestó ella orgullosamente.

—Total, ¿eh? Eso significa «todo», me parece.

El rostro de Gail se ruborizó vivamente.

—Exacto —corroboró.

—Tabaco, alcohol y sexo, los tres principales enemigos del ser humano —dijo *Cross* sarcásticamente—. Pero sólo lo son cuando se exagera; en dosis moderadas, alegran la vida.

—El trabajo es lo que verdaderamente alegra la vida —dijo ella, dogmática—. Cosa que no se puede decir de usted, me parece.

—No lo crea. Trabajar no significa exactamente permanecer diez horas en una oficina, amarrado al sillón, estudiando papelotes legales. También se puede trabajar meneando el esqueleto por ahí.

—¿Cómo?

Cross elevó los ojos al techo.

—Dios mío, tiene veinticinco años, pero parece como si hubiera nacido en el siglo pasado.

—Deje de criticarme y hable, si es que tiene algo que decirme. De lo contrario, será mejor que me deje. Yo sí tengo trabajo.

—Está bien. No he encontrado a Annie Meeker, ni tampoco a su amigo, Warner Hoffman.

—¿Su amigo?

—Sí, aunque mejor sería decir su *partenaire* en ciertas fotografías. Pero, por lo visto, les unía algo más que la profesión.

—Eran amantes —dijo Gail con visible repugnancia.

—Ambos eran jóvenes y atractivos.

—¿Eran? ¿Han muerta?

—Por lo menos Hoffman.

—¿Cómo lo sabe?

—No lo sé seguro. Lo presiento. Creo que le dieron el «paseo».

Gail dio la vuelta a la mesa y ocupó su sillón.

—Lo asesinaron —dijo.

—Todo lo hace suponer así, señorita Toland.

—Entonces, si no encontramos a Hoffman, no podremos encontrar tampoco a Annie Meeker.

—Eso parece, aunque conservo ciertas esperanzas.

Cross sacó la fotografía que le había dado Van Roeyn y la dejó encima de la mesa. Gail la miró rápidamente, y la puso boca abajo

casi en el acto.

—¡Qué desvergüenza! —se escandalizó.

—¿Verdad que sí? —sonrió *Cross*—. Mira que retratarse con los pechos al aire...

—¡Cállese, obsceno sujeto! —gritó ella furiosamente—. ¿Es que no se da cuenta de que está delante de una dama?

—Delante de un palo de escoba, diría yo.

Gail extendió la mano.

—Salga —ordenó.

Cross se llevó una mano a la sien.

—A la orden.

Girotó marcialmente y se encaminó hacia la puerta. Pero apenas había salido, volvió a asomar la cabeza.

—Ah, la botella es un obsequio mío; no la incluyo en la cuenta de gastos —dijo alegremente.

Gail agarró el tintero y fue a tirárselo a la cabeza, pero se lo pensó mejor y lo dejó suavemente sobre la mesa, mordiéndose los labios con gesto irresoluto. Luego buscó la botella y fue al baño, vaciándola entera en el lavabo.

—¡Paf, qué peste! —dijo, mientras se tapaba la nariz para no percibir el olor a alcohol.

Había cuatro personas en la sala, tres hombres y una mujer. Los hombres se pusieron en pie cuando entró un individuo con paso rápido y ocupó la cabecera de la mesa.

—Señora, caballeros —dijo Hugh Finney—, supongo que todos conocen los motivos de la reunión a la que les he convocado.

La mujer, Anty Eardling, de unos cuarenta años, bien conservada y sumamente atractivo, arrojó delante del recién llegado una hoja de papel. Finney la miró con cierta indiferencia.

—Supongo que debe de ser el mismo mensaje que he recibido hoy —dijo.

Amy hizo un gesto de asentimiento.

—Todos nosotros hemos recibido una carta análoga —manifestó—. Alguien nos amenaza con quitarnos la vida, como ha hecho ya con Horston y Halloran.

—Pero ¿quién diablos puede ser? —exclamó otro de los presentes, llamado Hicks Rutledge, de casi cincuenta años, calvo,

delgado y con lentes de cerco de oro.

—Alguien nos quiere, mal —dijo Duke Fox con sorna. Era el más joven de todos y, sin embargo, había pasado ya de los treinta y cinco años, aunque se sentía muy orgulloso de su aspecto físico.

—Tenemos demasiados enemigos —rezongó el quinto miembro del grupo, Lynn Shawley, de cuarenta y cinco años, gordo, calvo y siempre sudoroso.

—Éste es doblemente peligroso, porque desconocemos su identidad —dijo Amy Eardling.

—En eso te equivocas, Amy —corrigió Finney—. Es una mujer y actúa por venganza.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Rutledge vivamente.

Finney se tocó la frente con el índice.

—Reconozco que soy listo —contestó irónico—. He hecho examinar la carta por un psicólogo y un grafólogo.

—Pero está escrita a máquina —alegó Fox.

—Los grafólogos también estudian el estilo de redacción. Es una mujer.

—¿Quién? —quiso saber Shawley.

—Era la amiga de Warner Hoffman.

—¡Hoffman! —dijeron todos al unísono.

—Tuvimos que eliminarlo, no había otro remedio —dijo Finney—. Sin embargo, no contábamos con ella.

—Entonces, es esa fulana la que se está tomando la venganza —exclamó Amy.

—Presumiblemente, así es. Incluso conozco el nombre. Annie Meeker.

—Hugh, tú tienes medios para conseguir una fotografía de esa mujer —manifestó Rutledge—. Podríamos encargarnos que la buscaran...

—Ya lo he hecho. También he encargado otra cosa. Es importante.

—¿De qué se trata? —inquirió Fox.

—Will Farr se mató el mes pasado en un accidente de coche. Holly Mobbs, Cara de Fuego, iba con él.

—Con tal de que escondieran bien el cadáver de Hoffman... —dijo Rutledge aprensivamente.

—Estoy seguro de ello, pero no tanto de la discreción de Mobbs.

Han muerto ya dos de los nuestros. Puede empezar a atar cabos. Eso sería muy peligroso.

—¿Y...? —murmuró Fox.

—He ordenado eliminar ese peligro —contestó Finney con toda frialdad.

CAPÍTULO IV

Cross se sentó en un taburete, pidió un *whisky* y esperó a que se lo sirviera la mujer de cara redonda y grasienta y pechos mantecosos. Cuando tuvo el vaso delante, enseñó dos billetes de diez dólares.

—¿Qué quieres? —preguntó ella desabridamente.

—Busco a Cara de Fuego.

—¿Policía?

—No.

Ella se rascó primero el sobaco, luego metió la otra mano por el escote, para rascarse debajo del seno izquierdo y acabó por asentir.

—Tres manzanas más abajo, en el mil ochocientos treinta y siete —dijo—. Pero no lo encontrarás ahora.

—¿Por qué?

—Está con su chica.

—¿Dónde?

La gorda hizo un gesto ambiguo.

—Divirtiéndose.

—Les esperaré.

—Como quieras.

Cross se apeó del taburete. De pronto, levantó la mano.

—¿Cómo te llamas? —preguntó.

—Maggie. Algunos me llaman La Vaca también. Sólo lo hacen la primera vez. Tenlo en cuenta.

—Tú también debes tener en cuenta una cosa. Si avisas a Mobbs, te pincharé en las tetas y se te vaciarán como si tuvieras agua dentro.

Truculentamente, se colocó el pitillo en la comisura de la boca y miró con ojos amenazadores a Maggie. Ella pareció impresionarse mucho.

—Callaré —prometió.

—Acabas de contratar un seguro para tus tetas —se despidió él. Cuando *Cross* se hubo alejado, Maggie lanzó un «Uf» de alivio. Luego se sintió repentinamente enternecida.

—Me gustaría llevármelo a la cama —murmuró.

—¿Es a mí? —preguntó, esperanzado, un cliente.

—¿A ti? —contestó Maggie, despectiva—. Acostarme contigo, Sam Baines, sería tanto como acostarme con un madero.

—Podemos hacer la prueba, Maggie.

—¡Vete a la mierda!

—Entonces, déjame que te abrace —rió Baines desaforadamente. Pero al ver la llamarada de cólera en los ojos de la gorda, emprendió una prudente retirada. No era la primera vez que Maggie lanzaba una botella a la cabeza de un cliente.

Mientras, *Cross* se disponía a hacer una de las tareas menos agradables de su oficio: esperar.

Transcurrieron tres horas. De pronto, *Cross* vio un coche que se acercaba a aquel lugar.

Prudente, se escondió en la penumbra de un portal. El coche se detuvo.

Un hombre se apeó y lanzó un beso a la conductora.

—Hasta mañana, encanto —dijo Holly Mobbs.

—Adiós, muñeco.

El coche arrancó de nuevo. Mobbs, silbando alegremente, empezó a cruzar la acera.

Cross observaba desde su escondite. De pronto, cuando el sujeto estaba llegando ya a la puerta de su casa, alguien salió del interior con una pistola en la mano.

Cross empezaba a asomarse y retrocedió prudentemente. Mobbs emitió un corto chillido. La pistola vomitó cuatro fogonazos, muy seguidos. A cada disparo. Mobbs daba un pequeño salto. Giró violentamente sobre sus talones y cayó a tierra.

Los disparos habían sonado como otras tantas palmadas. *Cross* oyó unos pasos rápidos. Súbitamente, en una fracción de segundo, se le ocurrió una idea.

Cuando el asesino iba a pasar por delante de él, a todo correr, alargó la pierna. El hombre, lanzando una atroz blasfemia, cayó de bruces.

Cross saltó inmediatamente sobre él y aplastó su cara contra el

asfalto, haciendo horquilla con la mano izquierda. Con la derecha empuñaba algo que situó en la sien del sujeto.

—¿Quién te ha ordenado matar a Cara de Fuego? —preguntó—. ¡Contesta o te mato aquí mismo!

El asesino, tremendamente sorprendido, dio la respuesta de forma casi mecánica, apenas capaz de reaccionar por el desconcierto que le había producido al verse tan repentinamente en el suelo y en poder de un desconocido al que no había sabido ver.

—Dinkley Garson —contestó.

Para *Cross* era bastante. Guardó la pluma con la que había simulado una pistola y golpeó duramente la sien del sujeto, dejándole sin conocimiento instantáneamente. Luego se enderezó de un salto y desapareció en la oscuridad del callejón cercano.

Con el periódico en la mano, *Cross* entró en el despacho. Gail alzó los ojos.

—Podía llamar por lo menos, mal educado —le apostrofó.

—Lo siento; estaba distraído con la lectura de una noticia —se disculpó él fingidamente.

—Será interesante, supongo.

—Un tal Holly Mobbs murió anoche, a consecuencia de los balazos que le disparó un tipo llamado Vern Ogden.

—He leído algo, en efecto. La policía atrapó al asesino, a pocos pasos de distancia de la víctima. Parece ser que Ogden tropezó al intentar huir, cayó y perdió el conocimiento en la caída. Pero ¿qué nos interesa a nosotros ese asunto?

—Mucho. Móbbbs fue uno de los dos sujetos que se llevaron de paseo a Hoffman.

—Oh... Alguien lo ha hecho callar.

—Justamente. Y yo sé el nombre del tipo que ordenó la muerte de Mobbs.

—¿Cómo lo has averiguado? —preguntó Gail, en el colmo de la sorpresa.

Cross le guiñó un ojo.

—Trucos del oficio. ¿Ha oído alguna vez hablar de un sujeto llamado Dinkley Garson?

—No, nunca.

—Su padre, probablemente, sí. Llámeme en cuanto sea posible.

Ya me lo dirá en otra ocasión.

—Muy bien, así lo haré —aseguró Gail.

—¿Dónde está la cafetera? —preguntó *Cross*.

—¿Ca... fetera? No hay... ¿Por qué iba a tener aquí una cafetera?

Cross meneó la cabeza.

—No tiene salvación. Suprime el traguito de *whisky*, destierra la cafetera... ¿Considera también un pecado pedir un poco de agua?

Gail se sonrojó vivamente.

—No soy tan inhumana —contestó.

Fue al lavabo y volvió al poco con una jarra y un vaso.

—Sírvase.

—Gracias, samaritana. —Mientras vertía el agua en el vaso, la miró un instante—. ¿Lleva siempre la misma ropa? —inquirió.

—¿Qué tiene de malo este traje? —protestó ella.

—Eso, precisamente, que no tiene nada de bueno.

—Me encuentro así muy a gusto —replicó ella vivamente—. Y no me importa si a usted no le agrada, ¿entendido?

Cross no se inmutó.

—La verdad, un poco de color en las mejillas y en los labios, una blusa algo más... reveladora, si es que hay algo que revelar, claro; las gafas en la papelería... y una cara algo más amable, la harían cambiar radicalmente. Pero ya lo dije una vez: usted nació vieja.

—Eso no es cosa que deba preocuparle. Llámeme más tarde, para ver si he conseguido saber algo de Garson.

—O. K., jefe.

Cross salió silbando de la oficina. La muerte de Mobbs, pensó, había sido muy oportuna. ¿Dónde habría ido a parar el cuerpo de Hoffman?

Probablemente, no lo encontrarían jamás. Por tanto, se dijo, debía concentrarse en la búsqueda de Annie Meeker.

—Mi padre dice que Garson trabajó hace años para un tal Finney —manifestó la joven por teléfono, una hora más tarde—. Luego, Finney abandonó sus prácticas delictivas y se hizo un hombre de negocios. Por tanto, Garson quedó fuera de la nómina de empleados.

—Ya. ¿Nada más?

—Bueno, papá asegura que el despido de Garson fue solo para la galería. A pesar de todo, logró averiguar que Garson y Finney continuaban relacionados, aunque, como es de suponer, con la máxima discreción. En tiempos, Garson era el jefe de la pandilla de matones de Finney, el que se encargaba de todos los trabajos sucios.

—Como ahora.

—Pudiera ser, señor *Cross*.

—No lo dude, «es» —afirmó él—. ¿Qué más?

—Papá dice que es probable que Lou Head pueda indicarle dónde encontrar a Garson, pero que, de todos modos, tenga mucho cuidado. Garson sabe hacer muy bien lo que le ordenan que haga los otros.

—Como los grandes capitanes de empresa, empezó por el escalón más bajo —rió *Cross*—. ¿Dónde puedo encontrar a Lou?

—Es el dueño del Toro Rojo. Está en Alameda, esquina a la Séptima... Oiga, se me está ocurriendo que yo podría acompañarle. Me interesaría un poco conocer ese ambiente.

—¿Lo dice en serio?

—Claro que sí, hombre.

Cross dudó un segundo.

—Está bien —accedió al cabo—. ¿Qué le parece si nos reunimos allí a las siete?

—¿Tan tarde? —exclamó Gail.

—Sospecho que el Toro Rojo no está abierto tan temprano.

Cross no quiso añadir que conocía bien a Warburton y los locales que éste solía frecuentar antes de su enfermedad. No creía que el Toro Rojo fuese una excepción de los hábitos del abogado.

—Está bien, a las siete de la tarde —aceptó la joven.

Cross colgó el teléfono y consultó su reloj de pulsera. ¿Qué podía hacer durante el resto del día?

La fotografía de Anne Meeker continuaba en su bolsillo. Empezó a recorrer las agencias artísticas, enseñando la fotografía en cada visita. A las seis de la tarde, con los pies ardiendo, se sentó en una cafetería y pidió una hamburguesa con cebolla y una jarra de cerveza.

Sus esfuerzos habían resultado negativos. Nadie conocía a Annie Meeker, salvo uno que dijo haberla contratado para una serie de «poses» publicitarias, pero que de ello hacía ya tres años y que ya

no había vuelto a verla.

—Diríase que se la ha tragado la tierra —masculló enojado.

A las siete menos cinco estaba delante del Toro Rojo. Miró la muestra de neón de la entrada, que adoptaba la silueta de un toro y contuvo una sonrisa. En la reproducción del bóvido había un detalle deliberadamente exagerado. Encendió un cigarrillo y empezó a apostar consigo mismo acerca del retraso con que llegaría Gail Toland.

—¿Ha nacido usted en Suiza? —preguntó *Cross*, cuando vio venir a la muchacha hacia sí.

—No es preciso ser suizo para gustar de la puntualidad —contestó Gail secamente. De pronto se detuvo bruscamente.

Cross estudió sus reacciones. Gail apretó los labios.

—Es... horriblemente obsceno —dijo, apartando la vista de la muestra del local.

—Llama la atención —contestó él—. Y, a fin de cuentas, es lo que interesa. ¿Entramos?

—Sí.

Cross observó que la joven estaba muy tensa. La blusa blanca que utilizaba habitualmente había sido sustituida por otra de color amarillo claro, con mangas cortas, pero ello no mejoraba en absoluto su apariencia. La falda era recta, completamente lisa, y los tacones apenas si tenían cuatro centímetros de altura.

Había ya cierta animación en el local. Gail procuró mirar al frente, para no ver a las mujeres pintarrajeadas que pululaban por la gran sala. Los hombres tenían aspecto poco agradable la mayoría. En las paredes había grandes fotografías, copias de cuadros célebres con desnudos femeninos. Al fondo se veía un pequeño escenario, pero tenía el telón echado.

Sujetándola por un brazo, la llevó a una esquina del mostrador. Una camarera, con la blusa completamente transparente, lo que permitía ver sus pechos sin dificultad, se acercó a ellos por el otro lado de la barra.

—Pidan —dijo secamente.

—*Whisky* para mí. Ella no bebe; tiene úlcera de estómago.

—Puede servirme un vaso de leche —pidió Gail, roja hasta la raíz del cabello.

La camarera sonrió de costadillo.

—¡Qué graciosa! ¿Acaso te has creído que esto es un hospital maternal?

—Será mejor que le sirvas lo que ha pedido o te pegaré una patada en el culo que vas a tener que dormir boca abajo un mes seguido —dijo *Cross* violentamente.

La camarera se amedrentó.

—Sí, sí, señor...

—Y llama a Lou; dile que quiero hablar con él de parte de Warburton.

—Al momento, señor.

La camarera se alejó unos momentos. Gail se encaró con *Cross*.

—¿No podía emplear usted otras expresiones menos groseras? —dijo, muy sulfurada.

Cross se puso un cigarrillo en la boca.

—Señorita Toland, temo que hasta aflora ha vivido entre algodones —contestó sin inmutarse—. Usted no conoce nada de la vida y yo he dicho a esa furcia exactamente lo que tenía que decirle. ¿O no ha reparado en su cambio de actitud?

Gail se quedó momentáneamente cortada. Un hombre se situó de pronto ante ellos.

—¿Quién viene de parte del abogado Warburton? —preguntó.

—Yo —dijo el joven—. Me llamo Lex *Cross*. Ella es Gail Toland, hijastra de Warburton. Queremos que nos facilite detalles sobre un tipo llamado Dinkley Garson, señor Head.

CAPÍTULO V

En silencio, la camarera vino y trajo el *whisky* y la leche. Head sacó un cigarro, mordió la punta, la escupió a un lado y luego lo sujetó con los dientes, sin encenderlo.

—Warburton me había hablado en alguna ocasión de su hijastra, aunque no tenía el gusto de conocerla —dijo al cabo.

—Ella es abogado también y sustituye a su padre en el bufete —explicó *Cross* pacientemente—. Tiene un caso muy difícil y necesita encontrar a un testigo, que podrá probar la coartada de su cliente.

—Garson no dirá nada, ni aunque le arranquen todos los dientes con tenazas y sin anestesia —aseguró Head.

—Todo depende de la habilidad del interrogador —sonrió el joven—. Había alguien que podía habernos dado una pista, pero alguien creyó conveniente limpiar la ciudad de un poco de basura. Por eso quiero ver a Garson.

—Como dicen los mexicanos, es un «hombre malo». Tenga cuidado con él, *Cross*. Y con sus gorilas favoritos.

—Ah, tiene favoritos... ¿En todos los sentidos?

Head soltó una risita. Gail protestó.

—¡Señor *Cross*!

El joven se volvió hacia ella tranquilamente.

—Esas cosas forman parte de este podrido mundo. Porque no nos gusten, no podemos ignorar que suceden —dijo.

—Yo lo decía en el buen sentido —terció Head—. Quise decir que Shasta Dilly y Tad Hooney son sus hombres de confianza.

—Lo tendré en cuenta —prometió *Cross*—. ¿Dónde puedo encontrar a Garson?

—Long Road, cuatro mil ciento veintisiete.

—Está bien, muchas gracias en nombre de mi padre —dijo Gail.

—No hay de qué, señorita —contestó Head.

—¿Qué se le debe, Lou?

Head miró el vaso de leche, casi intacto, y el de *whisky*, vacío, y meneó la cabeza.

—Invita la casa —sonrió.

—Gracias.

Cross y la muchacha se separaron del mostrador, pero antes de dar un paso, *Cross* giró de nuevo en redondo.

—¿Lou?

—Diga, señor *Cross*.

—El toro... Me refiero a la muestra. ¿Por qué tiene «eso» tan desproporcionado?

Head soltó una atronadora risotada.

—Es un magnífico anzuelo para picar clientes —contestó.

Cross respondió con un alegre guiño. Regresó junto a la muchacha y salieron a la calle.

—¿Qué le ha preguntado a Head? —quiso saber Gail—. Le hizo mucha gracia.

—Nada. Le conté el último chiste verde. Naturalmente, no voy a repetirlo delante de usted.

—Sí, será mejor.

Caminaron juntos unos pasos. Gail llegó junto a su coche y se volvió para mirarle.

—¿Cuándo piensa ir a ver a Garson? —inquirió.

Cross consultó su reloj de pulsera.

—Aún no son las siete y media —respondió—. Lo más conveniente será darle una sorpresa.

—¿De qué forma?

Cross abrió la portezuela del coche.

—Se lo contaré mañana —dijo, evasivo—. Ahora, vuelva a casita y prepare la cena para su papá, como hija amante y cariñosa.

—Tenemos una asistente —se defendió Gail.

—Entonces, supervise el menú. Una buena ama de casa no debe permitir que haya fallos en el servicio. ¡Buenas noches!

Gail vaciló un instante. Luego dijo:

—Usted... volverá ahora al Toro Rojo...

—No lo crea. Ese local no es de mi predilección. Con una vez, ya tengo más que suficiente.

—Entonces, ¿por qué no viene a casa con nosotros?

Cross sopesó la invitación unos instantes y acabó por rechazarla nosotros.

—Ni hablar. Cuando voy a cenar, no me gusta estar en algo parecido a un velatorio —dijo.

Gail se quedó tan sorprendida, que no pudo reaccionar. Cuando al fin lo consiguió, *Cross* estaba ya a seis u ocho pasos de distancia, alejándose con las manos en los bolsillos, mientras silbaba una alegre melodía.

Se preguntó adonde podría ir en aquellos momentos, pero no consiguió encontrar una respuesta aceptable.

La puerta se abrió. Desde el umbral, Bonnie Syghall miró sonriendo al hombre que estaba en el comedor, con un ramo de flores en las manos.

—He examinado su coche y no tenía ningún pinchazo —dijo *Cross*.

Ella sonrió atractivamente.

—Entonces me trae las flores, para que se las pague con una copa —contestó.

—Soy un hombre desinteresado. Lo hago sólo por el placer de verla de nuevo.

—Entre —dijo Bonnie—. Lo que acaba de decir, me halaga enormemente. Y el detalle de las flores, sobre todo. Ahora mismo las pondré en agua..., ¿cómo es su nombre, por favor?

—Lex.

Ella asintió suavemente.

—Llámeme Bonnie, Lex. Póngase cómodo, se lo ruego.

—Gracias.

Cross se sentó en un diván. Desde allí observó los movimientos de Bonnie, singularmente graciosos, con un toque de distinción, como no había visto hasta entonces. No había en ella el menor indicio de afectación; todo era natural, muy atractivo.

A los pocos momentos, Bonnie vino con dos vasos en la mano y le entregó uno.

—¿Cómo se le ha ocurrido pasar por mi casa? —preguntó.

—Decidí esperar el autobús. ¿Qué mejor sitio que éste?

—Por esta calle no pasa ningún autobús, Lex.

—¿De veras? Pues yo hubiera jurado...

—Es usted un pésimo embustero —rió Bonnie.

—Se me nota, ¿verdad? —Cross tomó un sorbo y dejó el vaso sobre la mesita auxiliar—. Bueno, como ya he conseguido lo que quería, es decir, verla a usted, me marchó. Gracias, Bonnie.

Ella tiró de su brazo.

—Aguarde, hombre, no tenga tanta prisa. ¿O le espera alguien?

—Soy libre como el viento, como los pájaros, como las mariposas...

—La vida de un hombre como usted, joven y bien parecido, debe ser tristísima sin nadie que le espere —dijo Bonnie.

—Tristísima —contestó él.

—¿De veras no...?

—Hombre, en otros tiempos, no digo que no. Pero ahora...

—¿Hubo un «ella» en su vida?

—Sí —contestó muy serio.

—¿Qué pasó?

—Yo soy pobre. Él era inmensamente rico.

—Y estaba cargado de achaques a sus ochenta y seis años, pero, a pesar de todo, ella lo prefirió a usted.

—Y a sus sacos repletos de dinero.

Bonnie se echó a reír.

—Sigue siendo un delicioso embustero —dijo—. Pero me gusta oírle decir mentiras.

—Sin embargo, también sé decir verdades.

—¿Por ejemplo?

—Es usted la mujer más hermosa que he visto en mi vida.

Ella calló, mientras seguía sonriendo. Estaba vestida con una bata de grueso tejido de seda negra, con bordados orientales. El pecho palpitaba suavemente bajo la seda. Las piernas se veían esculturales, perfectas.

Cross se inclinó sobre ella y buscó sus labios. Bonnie permitió un rápido contacto, pero le rechazó casi en el acto.

—Hoy, no, Lex —dijo, un tanto agitada.

Cross tomó su mano izquierda.

—No veo ningún anillo —dijo.

—Eso no tiene nada que ver —contestó ella, ahora muy seria—. Creo que deberíamos conocernos un poco mejor.

—No es mala idea. ¿Qué te parece si el domingo nos vamos de

excursión a la playa?

—Aún no es tiempo de bañarse —dijo Bonnie, sorprendida.

—Conozco un sitio donde le entrarán ganas de meterse en el mar, a los pocos minutos de estar allí. Podemos llevarnos unos bocadillos, cerveza, un termo de café...

—Usted hubiera sustituido perfectamente a la serpiente en el Paraíso Terrenal —sonrió Bonnie—. ¿Quién puede resistir esa tentación?

Cross se inclinó hacia ella y volvió a besarla.

—El domingo, a las nueve de la mañana —puntualizó.

—De acuerdo, Lex.

—Yo me ocuparé de todos los detalles. Usted no tendrá que hacer nada, Bonnie.

Cross se levantó y caminó hacia la puerta. Desde allí, se volvió y miró a la joven.

—Gracias, Bonnie —dijo sinceramente.

En la calle, sin poder contenerse, dio una zapateta de alegría. Un patrullero, que estaba apoyado en su coche, le miró recelosamente. *Cross* agitó la mano y siguió su camino.

De pronto, se borró la sonrisa de sus labios. Acababa de recordar que debía visitar a Garson aquella misma noche sin falta.

Iba a ser una entrevista tempestuosa, supuso.

En mitad de la noche, Tad Hooney despertó sobresaltado y encendió la luz.

—¿Qué pasa? —preguntó Dilly, adormilado en su lecho, gemelo del ocupado por Hooney.

—Juraría que hay alguien en la casa —respondió Hooney—. Me ha parecido oír ruidos sospechosos.

—Si tuviese un mastín como yo propuse...

—Al jefe no le gustan. —Hooney sacó la pistola de debajo de la almohada—. Voy a ver, Shasta.

Bastante fastidiado, Dilly echó a un lado las ropas de la cama. Al igual que su compañero, tenía la pistola bajo la almohada. En pijama y con las zapatillas puestas, siguió a Hooney.

—No hagas ruido; si no hay nadie, no vale la pena de que le despertemos —dijo Hooney.

—Está bien.

Los dos hampones descendieron del piso superior, con gran cautela. Dilly llegó al salón y encendió las luces.

—¿Lo ves? No hay nadie...

Una voz sonó en aquel momento.

—Caballeros, les estoy apuntando con un revólver calibre treinta y ocho, ya amartillado. Si prefieren seguir viviendo, dejen caer las armas al suelo, muy despacio, sin hacer el menor ruido.

CAPÍTULO VI

Hooney y Dilly obedecieron la orden instantáneamente. Ambos sabían que no podían hacer nada contra un hombre que les apuntaba ya con el dedo en el gatillo. *Cross* movió la mano izquierda a continuación.

—Por aquí, amigos..., hacia el armario ropero de la entrada.

Los dos matones se vieron obligados a obedecer la orden. Una vez en el armario, *Cross* cerró la puerta con llave, que guardó en el bolsillo. Para la mayor seguridad, puso una silla inclinada, bloqueando así la puerta contra posibles intentos de escape a la viva fuerza. A continuación, recogió las dos pistolas y, a través de una de las ventanas, las arrojó al jardín.

Luego, con paso rápido, emprendió la ascensión al primer piso. Mientras subía, se puso unas gafas de color claro, suficientes para ocultar sus ojos, y un bigote postizo. No tenía ganas de que Garson pudiera reconocerle más adelante, en algún encuentro casual.

Deseó que el sujeto estuviese solo y no tuviera compañía en la cama. «Esos tipos se toman demasiado en serio lo que pasa, en las películas de gangsters, con el jefe y la rubia de turno», pensó.

Abrió con precaución. La luz del corredor iluminaba la fastuosa cama de Garson, con cuatro columnas en los ángulos. El sujeto dormía apaciblemente, con la boca abierta de par en par. Sus ronquidos sonaban estruendosos.

Cross se acercó a la cama pisando de puntillas. De pronto, entró en acción con indescriptible rapidez. Cuando Garson quiso despenar del todo, ya tenía las muñecas sujetas por una ancha tira de esparadrapo.

Los tobillos quedaron ligados a continuación y después sujetos a una de las torneadas columnas del techo. Tranquilo al respecto, *Cross* encendió la luz. Sonriendo, hurgó bajo la almohada y extrajo

un revólver.

—Como en el Salvaje Oeste —comentó, jovial.

Garson se sentía estupefacto, aturdido por el inesperado cambio de situación.

—¿Quién es usted? ¿Qué es lo que pretende? —bramó furiosamente.

—Usted ordenó asesinar a Mobbs.

—Eso no es cierto —protestó Garson.

—Me lo dijo el propio Ogden. ¿No leyó los periódicos? La policía lo encontró inconsciente a cuatro pasos de su víctima. ¿Quién cree que le golpeó después de cometer su crimen?

Garson miró asombrado a su desconocido asaltante.

—Lo hizo usted —murmuró.

—Sí. —Con la mano izquierda, *Cross* se apoyó en la columna a la cual estaban atados los desnudos pies de Garson—. A usted se lo encargó alguien. ¿Quién fue?

—¿Me toma por tonto? Soy un tipo duro —dijo Garson despectivamente—. No conseguirá hacerme hablar, se lo aseguro.

—¿De veras?

Dada la posición en que se hallaba, Garson no podía ver la mano derecha de su atacante. De repente, lanzó un alarido.

—Dijo que era un tipo duro —sonrió *Cross*—. Pero, hombre, si sólo le he rozado con la llama de mi encendedor.

Gotas de sudor aparecieron en la frente de Garson.

—No lo repita... No lo repita o...

—Dilly y Hooney están fuera de combate —dijo el joven plácidamente—. Puede gritar todo lo que quiera; no vendrán a ayudarle.

El vértice superior de la llama rozó ligeramente la piel de uno de los pies de Garson. El sujeto se convulsionó frenéticamente, pero estaba demasiado bien sujeto y sus esfuerzos resultaron inútiles.

—¡Basta! —rugió—. Fue Finney.

—Ah, le llamó por teléfono, supongo.

Garson apretó los dientes. Era una clara confesión.

—Mobbs, con otro cómplice, liquidó a un tal Hoffman. ¿Por qué?

Hubo un instante de silencio. *Cross* enseñó el mechero encendido.

—Creo que era un asunto de chantaje —dijo Garson precipitadamente—. Nunca supe demasiado sobre el particular... ¿Por qué no se lo pregunta a Finney?

—Descuide, lo haré algún día. Hoffman tenía una amante, Annie Meeker. ¿Sabe dónde está?

—No. Si lo supiera ya habría ido a hacerle compañía.

Cross trató de analizar aquella respuesta. Evidentemente, Annie Meeker había sabido esconderse bien. Sería difícilísimo dar con ella.

—¿Dónde enterraron a Hoffman? —inquirió.

Garson juntó las mandíbulas. *Cross* accionó de nuevo el resorte del encendedor.

—Está bien, maldita sea —gruñó el hampón—. Está en un viejo rancho, al norte de Leadley Oíd Road, a unas cinco millas del empalme con la ruta Este.

Cross guardó el encendedor.

—Gracias por su cooperación —dijo.

Fue hacia la puerta y se volvió desde allí.

—Tipo duro —rió burlonamente.

—Algún día se lo demostraré...

—Era ahora cuando debía haberlo demostrado —concluyó el joven.

Cuando descendía por la escalera, oyó un tremendo estallido de maderas. Inmediatamente comprendió lo que sucedía.

De un salto llegó al suelo. Oyó voces coléricas. Asomó la cabeza un instante y vio a los dos matones correr hacia la puerta que comunicaba la sala con aquella parte de la casa. Dilly iba en primer lugar, ciego, lanzado como un búfalo enfurecido.

De pronto, *Cross* pegó un tremendo puntapié a la puerta, que giró con violencia en el momento en que Dilly alcanzaba el umbral. Dilly, con la cara aplastada, retrocedió tambaleándose, a la vez que emitía entrecortados gritos de dolor.

Cross dio media vuelta y se lanzó hacia la trasera del edificio. Hooney corrió tras él, vomitando obscenas interjecciones.

En unos segundos, *Cross* llegó al exterior. Avanzó unos pasos más y, de pronto, se detuvo al borde de la piscina situada en aquel sector del jardín.

Hooney saltó hacia él, con las manos extendidas. En el último instante, *Cross* hizo un hábil quiebro. El hampón pasó por su lado y

se precipitó en la piscina, levantando con el choque una explosión de espumas.

Cross aguardó un instante. Hooney emergió, tosiendo y medio ahogándose. *Cross* le sacó la lengua en son de burla. Luego, con toda tranquilidad, se alejó en busca de su automóvil, estacionado a prudente distancia.

—Va a ser muy difícil que encontremos a Annie Meeker —dijo a la mañana siguiente, sentado en un ángulo de la mesa, mientras se disponía a encender un cigarrillo.

—¿Lo cree así? —preguntó Gail.

—No sé ya qué hacer —contestó *Cross*, un tanto desanimado—. Salvo poner un anuncio en los periódicos, claro.

—¿Daría resultado?

—Sería la muerte de la Meeker.

Gail se retorció las manos.

—El juez ha fijado un plazo máximo, que concluye dentro de dos semanas. Si para entonces no ha encontrado a Annie, ordenará se dé comienzo al juicio.

—No lo tenemos bien —dijo *Cross*—. Pero, de todas formas, la declaración de Annie, exculpando a McDonald, necesitaría corroboración.

—La tengo. El conserje de la casa de McDonald la vio entrar y salir en las horas mencionadas por mi cliente. Eso bastará para que el fiscal retire la acusación y el juez lo declare inocente.

—Está bien, seguiré buscando; es todo lo que puedo decirle. Por supuesto, Hoffman está muerto.

—¿Seguro?

—Me lo confirmaron anoche.

—¿Quién, si se puede saber?

—El hombre que ordenó su muerte, seguramente, como también ordenó la del asesinato de Hoffman, Holly Mobbs.

—¿Lo confesó?

Cross hizo un gesto irónico.

—Me costó un poco, pero conseguí disuadirle.

—¿Avisó a la policía?

—¿Para qué? No hay pruebas; el tipo lo negaría y tendrían que dejarle en libertad, incluso aunque encontrasen el cadáver de

Hoffman, cosa que también me dijo dónde está. Son asuntos muy turbios, nada fáciles de resolver legalmente. Me interesaba más resolver el paradero de Annie, pero no lo sabía.

—¿Por qué asesinaron a Hoffman, señor *Cross*?

—Algo de chantaje. El tipo no lo sabía muy bien. Le ordenaron quitarlo de en medio y, a su vez, encomendó la tarea a los otros, eso es todo.

—No puedo creer que existan gentes de esa calaña.

—Los hay peores —dijo *Cross*, filósofo.

—El tipo a que se refiere es, sin duda, Dinkley Garson.

—El mismo.

—¿Cómo consiguió hacerle hablar?

—Usted es una mujer muy sensible. Prefiero ahorrarle detalles morbosos.

—Le torturó —dijo ella crispadamente.

—Sí, pero sólo psíquicamente. Empecé a hablarle de la pobre madre de Hoffman, que no podía acudir a rezar a la tumba de su hijito del alma, se enterneció, derramó unas cuantas lágrimas... y me lo contó todo.

Cross se apeó de la mesa. Gail aparecía desconcertada.

—Volveremos a vernos —dijo él, encaminándose hacia la puerta.

—¡Señor *Cross*! —exclamó la joven.

—¿Por qué no me llama Lex, como su padre?

—Prefiero no hacerlo —dijo ella secamente—. Y ya que ha mencionado a mi padre, ¿siempre se portaba así con él, cada vez que le encomendaba una investigación?

—Con su padre empleaba un lenguaje mucho más liberal. Se reía mucho, créame.

—Haga el favor de marcharse, señor *Cross*.

—Sí, señorita Toland —sonrió el joven.

Al abandonar el despacho, pensó en Annie Meeker. Resultaría evidente que la joven se había escondido, temerosa de correr la misma suerte que su amante. Hasta era posible que hubiese cambiado de identidad.

—Y también de aspecto, ¿por qué no? —se dijo.

Lo cual, de ser cierto, cosa prácticamente segura, no iba a facilitarle demasiado las cosas.

—Annie Meeker, ¿dónde te has metido? —Gruñó al sentarse tras el volante del coche.

Amy Eardling llegó a su lujoso apartamento, situado en el ático de un edificio de veintidós plantas, y arrojó a un lado la costosa estola de pieles con que había cubierto sus desnudos hombros. Soltó los cierres de su vestido de noche y lo dejó caer al suelo, sacando los pies sucesivamente. Todavía tenía una hermosa figura y no necesitaba fajas ni otra clase de prendas ortopédicas, aunque sí sostén y pantalón ligero, de encajes negros. Orgullosa de su silueta, se contempló sonriendo frente al espejo de cuerpo entero del dormitorio.

La sonrisa se congeló repentinamente en sus labios. Otra imagen se reflejaba en el espejo. Era la de una mujer rubia, vestida enteramente de negro, que tenía una pistola en la mano.

Amy se volvió en el acto, llena de pánico.

—¿Quién es usted? —gritó—. ¿Qué hace aquí?

—¿No te lo imaginas? —contestó la rubia.

Aterrada, Amy empezó a retroceder hacia la terraza, seguida implacablemente por la rubia, hasta que sus caderas chocaron repentinamente contra el parapeto. Entonces fue cuando la pistola emitió un pálido foganazo.

La bala alcanzó a Amy entre los senos, haciéndole dar una tremenda sacudida. Su torso se venció atrás violentamente. Basculó un poco y acabó por saltar al vacío. Su alarido se perdió rapidísimamente en el veloz vuelo hacia el asfalto.

A la mañana siguiente, Hugh Finney leyó una carta que acababa de recibir, sosteniéndola con dedos convulsos:

*«Nate Horston, Barney Halloran, Amy Eardling.
Quedan Lynn Shawley, Duke Fox e Hicks Rutledge. Tú
serás el último y pasarás las mil agonías del infierno,
sabiendo que tus secuaces van muriendo uno a uno,
inexorablemente. Nada ni nadie podrá librarte de mi
venganza, aunque te escondas en el más alejado
rincón del mundo».*

El automóvil descendió por el polvoriento camino y se detuvo en

el límite de la arena. *Cross* se apeó inmediatamente y dio la vuelta para abrir la otra portezuela.

Bonnie se apeó y contempló el paisaje. Estaban en una playa, rodeada por unos acantilados, que formaban una especie de cuenco rocoso, de treinta o cuarenta metros de altura, todos ellos muy empinados, salvo en el trecho donde discurría la ruta de acceso. La anchura máxima de la playa, en forma de media luna, no llegaba siquiera a los cien metros.

—Es maravilloso —exclamó—. Nunca había estado aquí, Lex.

—¿Le gusta? —sonrió él, ya junto al maletero del coche.

—Encantador, realmente espléndido.

Cross la miró un instante. Ella sí que estaba espléndida, vestida con blusa y pantalones cortos, de color blanco, y un pañuelo azul fuerte en torno a su frondosa cabellera rubia. Bajo la liviana blusa, los senos destacaban con firmes curvas, perfectamente redondeados.

Abandonó la contemplación de la joven y se puso a trabajar activamente. A los pocos minutos, había montado una especie de caseta de baño, con techo, costados y una pared de lona abierta por delante, sostenida por cuatro varillas de aluminio. Luego llevó a la sombra, el sol calentaba ya con fuerza, la cesta con los bocadillos y la nevera portátil.

Bonnie había traído una gran bolsa, con un par de toallas y algunos objetos de tocador. La joven se quitó rápidamente la blusa y los pantalones, y quedó en traje de baño, un «dos piezas» de color blanco, muy escaso de tela. La figura era perfecta, apreció *Cross*.

—Lex, tú has estado antes aquí —dijo ella, mientras se tendía sobre una toalla.

—Lo admito.

—Solo no.

—¿Eres curiosa del pasado?

—¿Te molesta?

—Oh, no. Es un lugar maravilloso... y yo soy soltero, como tú.

Cross quedó en traje de baño y se tendió junto a la joven.

—De todos modos, no creas que vengo aquí a diario —añadió riendo.

—Me lo imagino. —Bonnie cerró los ojos. El rumor de las olas era el único sonido que se percibía en aquel lugar tan apartado—. Esta paz, esta tranquilidad... Una se siente agradablemente relajada

y se olvida de todos los problemas...

—Ah, pero ¿tienes problemas?

—Algunos, Lex.

—¿Sentimentales?

—En cierto modo.

Cross movió un poco la mano y la cerró sobre la de Bonnie.

—Aquí puedes olvidar esos problemas —aseguró.

A él también le convenía algo por el estilo, se dijo.

CAPÍTULO VII

—Estoy asándome —exclamó Bonnie de repente, a la vez que se sentaba—. Voy a darme un baño.

Levantó las manos y se quitó la peluca con el pañuelo. *Cross* se quedó atónito.

—Ah, pero ¿usas peluca?

Ella se volvió para mirarle, con la sonrisa en los labios. Los cabellos que había ahora a la vista eran también rubios, pero lisos.

—Me gusta el pelo ondulado —contestó—. ¿A ti no?

—Me agrada más lo natural, sea como sea.

—Lo tendré en cuenta.

Bonnie se levantó y corrió hacia la orilla, esbelta como una diosa. El joven encendió un cigarrillo.

Con las piernas ya en el agua, ella se volvió para mirarle.

—Aseguraste que me bañaría. ¿Tú no lo haces, Lex?

—Más tarde —respondió *Cross*.

Bonnie se adentró en el agua y empezó a nadar con largas y fáciles brazadas. *Cross* se sentía mucho mejor al sol, que ya empezaba a calentar en los primeros días de mayo, con una lata de cerveza fría en una mano y el cigarrillo encendido en la otra.

El mar estaba tranquilo y las olas rompían en la arena con suavidad. Desde el lugar en que se encontraba, *Cross* podía ver la cabeza de Bonnie moviéndose entre las aguas.

Pasado un buen rato, ella inició el regreso a la orilla. *Cross* estaba un poco distraído y apenas se dio cuenta de que Bonnie volvía, hasta que la vio con el agua a media pierna.

Entonces, estupefacto, se percató de que la joven estaba completamente desnuda.

Las dos piezas de su traje de baño pendían de su mano izquierda. Durante unos segundos, permaneció en pie, erguida, con

la piel salpicada por lo que parecían innumerables diamantes y que no eran sino gotas de agua. Luego, lentamente, echó a andar hacia el improvisado campamento.

Cross sintió que se le secaba la boca. Nunca había visto tal perfección de formas. Era una desnudez de una pureza total, que excluía en absoluto toda idea erótica, con la inocencia de una nueva Eva en un actual Paraíso Terrenal.

Ella se detuvo a pocos pasos, sonriendo levemente, segura de sí misma, indescriptiblemente hermosa. Al fin, *Cross* pudo hablar.

—Anfitrite —dijo.

—¿Cómo?

—Venus surgiendo de las espumas del mar.

—Esto es el Océano Pacífico y Anfitrite nació en el Mediterráneo.

—No era tan hermosa como tú.

De pronto, Bonnie lanzó a lo lejos el traje de baño y cayó de rodillas frente a él, sentándose sobre sus talones.

—¿De veras me crees hermosa, Lex?

El joven le alargó los brazos.

—Ven —llamó.

Ella adelantó el torso. Dos bocas se fundieron en un apasionado beso. Los senos de Bonnie, firmes, compactos, presionaron contra el tórax masculino. *Cross* percibía el cálido palpar de la carne femenina, todavía húmeda. Lentamente, Bonnie se ladeó hacia su izquierda, arrastrándole en aquella maravillosa caída. Sus brazos se enroscaron en torno al cuello del joven, flexibles, seductores... A *Cross* le pareció que el sol se oscurecía de pronto y se dejó llevar por un abrasador torbellino, con el fondo monorrítmico del rumor de las olas incansables.

Descansaban sobre la arena, las cabezas muy juntas, calladamente, comunicándose sin necesidad de hablar. Al cabo de un buen rato, Bonnie rompió el silencio.

—Lex, ¿qué eres? ¿A qué te dedicas?

Cross pareció salir de un ensueño lleno de nubes rosadas.

—Si no te importa, por supuesto.

—Claro que no. Nunca escondi mi profesión, al menos, a las personas que son de mi confianza. Soy investigador privado.

—Detective.

—Si te gusta llamarlo así...

—Todo el mundo emplea esa palabra.

—A mí no me molesta, desde luego.

—Debe de ser una profesión maravillosa. Conocerás a tantas gentes...

Cross se echó a reír.

—Tienes una idea muy romántica de lo que es mi oficio —dijo—. A veces resulta odioso. Horas y horas esperando, o siguiendo a una persona, o haciendo cientos de preguntas para localizar a un tipo... Pero supongo que me gusta, porque si no ya lo habría dejado.

—¿Actúas por tu cuenta?

—En cierto modo. Quiero decir que soy mi jefe, que no dependo de una agencia, pero sí de mis clientes, en especial abogados que tienen problemas con sus clientes próximos a ser juzgados.

—Y buscas a los testigos.

—Pues sí, eso es lo que más suelo hacer. Aunque a veces, fallo.

—No lo creo. Tienes cara de chico listo.

—Lo diría si hubiese tenido éxito en mi última investigación.

—¿Qué te ha pasado? —quiso saber Bonnie.

—Oh, estoy buscando a una tal Annie Meeker, para poder probar la coartada de un tipo apellidado McDonald, al que se le acusa de homicidio en primer grado. Como no la encuentre, irá a San Quintín para el resto de sus días.

Hubo un momento de silencio. *Cross* se volvió hacia la joven.

—Estás muy callada —dijo.

Bonnie le besó suavemente. De súbito, se puso en pie.

—¡A que no me alcanzas! —le desafió.

Cross se levantó también y corrió detrás de ella. La frialdad del agua le impresionó en el primer momento, pero no tardó en reaccionar y nadó vigorosamente hasta agarrar uno de los tobillos de la joven. Bonnie chilló y se sumergió en el agua. *Cross* se hundió con ella. A tres metros de profundidad, la abrazó estrechamente y besó sus labios que sabían a sal y lodo.

Luego emergieron y se llenaron los pulmones de aire. Sujetándola por la cintura con una mano, nadó hacia la orilla.

—Me desafiaste y te he alcanzado —dijo—. Por tanto, ahora eres

mi prisionera.

Ella reía feliz. Cuando *Cross* hizo pie, la levantó en brazos y caminó hasta la sombra de la pequeña tienda. Bonnie apoyaba desmayadamente la cabeza sobre el pecho del hombre.

—Me siento tan dichosa —suspiró.

Y, en el mismo instante, sonó un seco estallido.

Atónito, *Cross* vio alzarse a sus pies un chorro de arena, a la vez que percibía las últimas notas de un agudo silbido.

Cross poseía la suficiente experiencia para adivinar instantáneamente lo que sucedía. Dejó a Bonnie al suelo y la empujó violentamente con una mano.

—¡Corre! —gritó a la vez que daba un salto hacia atrás.

Nuevamente se oyó otro disparo. *Cross* pudo sentir junto a su cadera derecha el sople de la bala. Saltó con toda la potencia de sus piernas y se lanzó a lo lejos, girando en el aire, para seguir dando vueltas en el suelo, después de la caída. Con el rabillo del ojo, entrevió la blanca figura de Bonnie, corriendo en busca del refugio que era el automóvil.

«Ese tipo me está cazando con un fusil», pensó rabiosamente.

De nuevo se levantó y echó a correr en zigzag. Era una situación harto comprometida; el atacante hacía fuego desde el borde del acantilado, a unos ciento veinte metros de distancia. Aparte de que no tenía armas, ni siquiera le quedaba el recurso de arrojarle algún pedrusco.

Mientras corría, miró hacia su izquierda. Si, allí estaba, destacando en negro contra el cielo brillantemente iluminado y el rifle apoyado en el hombro. De pronto, se detuvo en seco y dio un salto hacia atrás.

La bala hizo saltar chorros de arena. En el mismo instante, tras los ecos del disparo, se oyó un agudo grito.

Cross levantó la cabeza. El asesino braceaba frenéticamente, sin el rifle, que caía rebotando por las piedras. *Cross* vio que su pie izquierdo estaba mucho más abajo que el derecho. De pronto, el hombre acabó por perder el equilibrio y saltó al vacío.

Un horripilante alarido se oyó por encima del rumor de las olas. El individuo rebotó aparatosamente contra las rocas del acantilado, agitando brazos y piernas como un maniquí lanzado de lo alto.

Saltó una vez más y, de pronto, chocó contra un obstáculo inesperado.

Cross sintió náuseas. El último salto había tenido su final a cinco metros del suelo, en un agudo saliente, contra el que había chocado aquel individuo, ensartándose literalmente por el vientre. Chorros de brillante líquido escarlata empezaron a deslizarse por las rocas oscuras.

Al cabo de unos segundos, *Cross* se volvió. *Bonnie* asomaba desde el otro lado del coche.

—Aguarda ahí —gritó.

Corrió en busca del rifle. Estaba en perfectas condiciones y había un par de cartuchos en el cargador y otro en la recámara. Con el arma en las manos, retrocedió prudentemente, la vista fija en el borde del acantilado, a cuarenta metros de altura.

Pero no se veía a nadie. Llegó junto a la tienda y agitó una mano.

—¡*Bonnie*, ven! —llamó.

Ella llegó a los pocos instantes.

—Han querido matarme —exclamó.

—Te equivocas, era a mí a quien buscaba —corrigió él ceñudo —. Lo siento, cariño; pero no podemos seguir aquí un minuto más.

—Sí, lo comprendo; me vestiré enseguida.

—Yo me ocuparé de recoger las cosas. Tranquilízate, ya ha pasado todo.

Bonnie asintió. *Cross* empezó a trabajar con gran rapidez. Minutos más tarde, empezaba a trasladar las cosas al coche.

—¿El rifle también? —le preguntó ella.

Cross dudó un instante.

—Por lo menos, hasta que estemos a salvo —contestó al fin.

Al llegar a la meseta, *Cross* divisó un automóvil parado a unos veinte metros del borde del acantilado. Detuvo el suyo y se apeó, con el rifle en la mano.

—No te muevas —dijo.

Bonnie le vio acercarse a la orilla del acantilado y tomar impulso para lanzar el arma a la máxima distancia posible. Luego, *Cross* fue hacia el otro automóvil, se sentó tras el volante y lo puso en marcha. Aceleró ligeramente, puso la palanca en punto neutral y saltó al suelo. El coche se precipitó al vacío con gran estruendo.

—Creo que es lo mejor que he podido hacer —explicó, después de haber iniciado el viaje de regreso—. Cuando lo encuentren, creerán que se trata de un accidente.

—Pero él está fuera del coche...

—Los accidentes, a veces, producen consecuencias rarísimas. Se puede pensar que intentó saltar, al ver lo que ya era inevitable... En todo caso, no verán el rifle y eso nos librará de compromisos, suponiendo que pudieran preguntarnos algo sobre el particular.

—Has hecho bien —aprobó ella—. Pero ¿por qué quisieron matarte?

—No lo sé, no estoy bien seguro, aunque apostarí algo bueno a que está relacionado con Annie Meeker...

—La que tiene que declarar.

—Sí. Presiento que hay alguien empeñado en conseguir la condena de McDonald. Quizá me han considerado un sujeto peligroso, capaz de encontrar a Annie, y pensaron que lo mejor era enviarme al infierno.

—Lex, es muy tarde ya. Si ese tipo nos siguió, ¿por qué esperó tanto tiempo? —preguntó Bonnie.

—Es seguro que nos siguió, pero en algún punto del trayecto nos perdió de vista. Indudablemente no conoce estos parajes y estuvo buscándonos por todas partes, lo que le hizo perder un par de horas o más.

—Al fin nos encontró...

—Y encontró también una piedra mal asentada, sobre la que tenía apoyado el pie izquierdo. Ésa fue la causa de su perdición.

—¿Lo crees así?

—Le vi perder el equilibrio y vi también una piedra que se desprendía del farallón. Se acercó demasiado al borde... ¡Bonnie! —exclamó él de repente—. ¿Por qué dijiste que querían matarte? —recordó.

Ella vaciló un instante.

—Lo pensé en aquel momento —respondió con voz insegura—. Hace tiempo tuve un novio y era muy celoso. Me cansé de soportar sus celos... y él dijo que algún día me mataría. Pero quizá estaba equivocada y era a ti al que querían matar.

—Por suerte, no han conseguido nada, salvo estropearnos el resto del día.

Bonnie apoyó la cabeza en el pecho del joven.

—Nunca había sido tan feliz —suspiró.

Cross asintió.

—Ha sido algo maravilloso, en efecto —convino.

—Y, además, ni siquiera hemos comido un bocadillo —exclamó Bonnie con aparente incongruencia—. ¿No tienes algo de apetito?

—Pues, sí..., pero no nos vamos a parar ahora a comer a un lado del camino...

—Yo no quería decir eso, Lex. Podemos comer los bocadillos en mi casa... y terminar allí el día.

Cross sonrió, satisfecho.

—Es una idea estupenda —aceptó.

CAPÍTULO VIII

Los ojos de Gail Toland contemplaron críticamente al hombre que estaba frente a su mesa.

—¿Tiene las ojeras muy pronunciadas? —dijo.

—¿Se me nota? —sonrió él.

—El aire de vicio y disipación salta a la vista y repugna como una carroña de un animal muerto.

—No se puede —suspiró él—. Yo ya se lo digo, pero ellas no me hacen caso.

—¿Ellas? —Gail saltó de su asiento—. ¿Es que tiene más de una?

—Ya le dije que quería ser jeque del petróleo. Todos tienen su harén. Yo no tengo petróleo, pero tengo harén.

—No iré a decirme que es partidario de la... poligamia. Está prohibido por la ley.

—No tenemos papeles entre nosotros. Nos basta nuestro amor. Ellas y yo nos queremos muchísimo. Lo más maravilloso de todo es que ninguna siente celos de sus compañeras de... harén.

—Sé que se está burlando de mí —dijo Gail—. No creo una sola palabra de ese harén, aunque ya me imagino que no habrá dedicado el día del Señor al descanso y a la meditación. Pero, en fin, eso es cosa suya. Si quiere consumir su vida en unos pocos años, dominado por el vicio y la molicie, allá usted. Entre nosotros, ha terminado todo, señor *Cross*.

—¡Pero aún no he encontrado a Annie Meeker! —protestó él furiosamente.

—Yo, sí.

Cross abrió la boca.

—Me engaña —dijo.

Gail señaló el teléfono.

—Me ha llamado esta mañana, no hace ni media hora, prometiéndome que asistirá al juicio y declarará en favor de

McDonald. He intentado conseguir una entrevista, pero Annie se ha negado rotundamente. Dice que aparecerá en el estrado de los testigos, en el momento oportuno. Lo he considerado suficiente, sobre todo, teniendo en cuenta que pude apreciar en ella una nota de indudable sinceridad y deseos de cooperar.

—Fantástico —dijo el joven.

—Como puede apreciar, ya no le necesito. No es que quiera adornarme con plumas que no me pertenecen, porque ha sido Annie la que ha llamado, pero, a fin de cuentas, el resultado es el mismo. Mándeme la nota de sus honorarios, por favor; le enviaré un cheque a vuelta de correo —concluyó Gail heladamente.

—Muy bien, así lo haré. Una última pregunta, por favor.

—Hable, señor *Cross*.

—¿Cómo ha sabido Annie que usted defiende a McDonald?

—Bueno, los periódicos han publicado noticias sobre el asunto. El Examiner me hizo una breve entrevista acerca del tema. Es un caso que ha hecho bastante ruido y yo supongo que Annie leería alguna de esas noticias en las que aparecía mi nombre, buscó en la guía de teléfonos y...

Cross se llevó dos dedos a la sien.

—Comprendido. Adiós, señorita Toland.

—Adiós, señor *Cross*.

Cuando salió a la calle no había digerido todavía la sorpresa. Meditó unos momentos, sintiéndose irresoluto, pero, de pronto, tomó una decisión y se sentó tras el volante en su coche.

—Tienes una hija extraordinaria, Chester —dijo *Cross*, a la vez que aceptaba la taza de café que le tendía el abogado.

—Es inteligente, ¿verdad? —sonrió Warburton.

—Dura como un pedernal y fría como un iceberg. Además de terriblemente puritana. Chester, tú no has sido así jamás. ¿Cómo te ha salido una hija que, en ocasiones, parece vivir en pleno siglo XVII, como si todavía hubiesen brujas en Salem?

—No se lo tomes demasiado en cuenta, Lex —respondió el abogado, a la vez que se sentaba en el primer escalón del porche de la casa—. En parte, es la reacción lógica a su origen, primitivamente ilegítimo, pero también ha sufrido mucho.

—¿Cómo?

—Creo que está aún traumatizada por lo que sucedió hace algunos años. Estaba enamorada y..., bueno, ya sabes lo que son las jóvenes de hoy día. Cuando lo supo, se sintió horrorizada; su hijo iba a tener el mismo origen que ella. Además, el sujeto, en cuanto se enteró, dijo que no quería saber nada del asunto. Era un niño rico, con padres que le daban todos los caprichos, de posición social muy elevada... Sabía que no podíamos forzarle a un matrimonio y actuó en consecuencia.

—Lo siento, Chester. ¿Qué fue del niño?

—No llegó a nacer. El ginecólogo dijo que el aborto se debía al disgusto sufrido por la actitud de..., del autor de la cosa. Gail llegó a rehacerse con el tiempo, pero se ha acorazado extremadamente contra todas las adversidades.

—Y contra todos los sentimientos.

—Ella los considera adversidades. Pero sólo porque no ha encontrado un hombre de veras.

—A este paso, no lo encontrará en su vida.

Warburton le miró de reojo.

—Lex, quizá tú... La verdad es que no me disgustarías como yerno.

Cross estaba sentado en el mismo escalón y se levantó de un salto.

—Ni lo sueñes —contestó abruptamente—. En primer lugar, y puesto que siempre ha habido franqueza entre los dos, te diré que tu hija no me gusta y que no tengo vocación de reformador de costumbres, y en segundo, ella me considera la reencarnación de Satanás, con figura de hombre y de oficio investigador privado.

Warburton se echó a reír.

—Ya se le pasará. Y, créeme, habla muy bien de ti.

—No me digas —se burló el joven.

—Es la verdad, aunque también dice que deberías ser un poco más..., bueno, digamos morigerado.

—Hombre, Chester; me gustan las mujeres y de cuando en cuando me tomo un par de copas, pero tampoco podría vivir como un ermitaño. Todo tiene su límite, salvo para las ideas de Gail. Blanco o negro, no hay gris intermedio.

—Algo de razón hay en eso, aunque empieza a tomar conciencia de la situación y se da cuenta de que debe de ser más comprensiva.

En fin, creo que ya te he dicho bastante.

Cross forzó una sonrisa.

—Claro, socio —contestó—. Procura mejorar —le deseó, a la vez que agitaba una mano en señal de despedida.

A los pocos minutos, divisó una cabina telefónica y paró el coche. Momentos después ponía una moneda en la ranura.

La voz de Gail sonó casi enseguida.

—Abogado Toland —dijo la joven—. ¿Quién me llama?

—Soy yo, Lex *Cross*. Señorita, quiero pedirle perdón.

—¿Cómo dice? —se asombró ella.

—Ya lo ha oído. Le presento mis más humildes y sinceras excusas por todo lo que haya podido hacerle o decirle y que usted considere ofensivo. Deseo que dé por retiradas todas las frases hirientes que he pronunciado en nuestras entrevistas. ¿Lo ha comprendido bien?

—Señor *Cross*, ¿qué ha pasado?

—Nada, no se preocupe. Sólo he reflexionado y he llegado a la conclusión de que mi comportamiento no ha sido el adecuado. Adiós.

Y antes de que Gail pudiera decir nada, colgó el teléfono.

Meneó la cabeza pensativamente, antes de salir de la cabina. Luego se puso un cigarrillo en los labios y abrió la puerta del cubículo. Entonces, como obedeciendo a una maniobra perfectamente ensayada, dos hombres se situaron a sus costados.

—No haga gestos, pórtese con toda naturalidad —dijo Shasta Dilly.

—Si quiere morir, grite —murmuró Hoonev.

Cross volvió la cabeza sucesivamente en ambos sentidos. Luego hizo un gesto de asentimiento.

—Supongo que deben de tener un coche por aquí cerca —dijo.

—Supone bien —respondió Dilly.

Momentos después, se sentaba en el asiento posterior. Hooney apoyó su pistola en su costado izquierdo.

—Cuidado —advirtió torvamente.

Dilly hizo girar la llave de contacto. El coche arrancó de inmediato.

—¿Puedo fumar, al menos? —consultó *Cross*, que aún tenía el

cigarrillo en la boca.

Con la mano izquierda, Hooney le ofreció una tira de fósforos.

—No me arroje el humo del cigarrillo a los ojos —aconsejó.

—Me gusta vivir —respondió *Cross*. Pero, interiormente, se sentía muy intranquilo.

Media hora más tarde, el coche atravesaba el sendero de un jardín y se detenía ante una casa ya conocida de *Cross*. Dilly saltó en el acto y abrió la portezuela, pistola en mano.

—Salga.

Cross echó a andar, flanqueado nuevamente por los dos pistoleros. Momentos más tarde, se hallaba en presencia del hombre que había ordenado su secuestro.

Los ojos de Carson estaban ocultos por unas grandes gafas oscuras. Sentado en una hamaca con ruedas, cubierto solamente por una bata de baño, el sujeto le miró inquisitivamente.

—Yo tenía razón —dijo—. El bigote era falso.

—Nunca me gustó llevar bigote —sonrió *Cross*—. ¿Cómo me ha encontrado?

—Pensando mucho... y buscando, sobre todo, después del accidente de Danny Baxter.

—No conozco al tal Baxter.

—Ayer sufrió un accidente de automóvil.

—Oh...

—Pero no fue así.

—No —dijo *Cross*—. Puso el pie izquierdo en una piedra mal asentada.

—Y se estrelló contra las rocas.

—Exactamente.

—Luego, usted lanzó el fusil al agua y despeñó el coche.

—Me pareció la mejor solución.

Garson hizo un gesto con la mano. Hooney, servil, llenó parte de un vaso de *whisky*, puso dos cubitos de hielo y se lo entregó a su jefe.

—Quizá haya sido mejor así —dijo Garson, después de un trago—. De este modo, puedo conversar con usted.

—Estoy a su entera disposición —contestó el joven amablemente.

—Señor *Cross*, dígame, ¿por qué tenía tanto interés en

Hoffman?

—¿Puedo decirle que la respuesta pertenece al llamado secreto profesional?

Garson no se inmutó. Volvió a hacer un gesto y, apenas un segundo después; *Cross* sintió un violentísimo dolor en su costado izquierdo.

Otro puño le golpeó el costado opuesto, lanzándole contra las losas de la explanada. Durante unos segundos, quedó tendido, jadeante, envuelto en ondas de insoportable dolor, apenas consciente.

—¿He de repetirle la pregunta? —dijo Garson sin abandonar su tono plácido e intrascendente.

Cross intentó mover una mano.

—No..., por supuesto —jadeó—. Pero deje que me recupere...

—Tiene exactamente un minuto, ni un segundo más —concedió Garson.

—Oiga, ¿no puede darme un trago? Sus chicos me han hecho polvo los riñones.

Garson volvió a mover una mano. Dilly puso *whisky* en un vaso.

—Más —pidió el joven.

—¿Quiere vaciar la botella? —rezongó el gorila.

—Dale lo que pide, no seas tacaño —dijo Garson.

—Está bien.

Dilly añadió más *whisky* y entregó el vaso al joven. Garson anunció:

—Cuarenta segundos. Veinte más y empieza de nuevo el «ablandamiento».

—Descuide.

Súbitamente, *Cross* arrojó el *whisky* a los ojos de Dilly, que era el más alejado. Inmediatamente, se revolvió y golpeó con el codo el estómago de Hooney.

Garson se irguió en la tumbona, mientras Dilly aullaba frenéticamente, a causa del escozor que el alcohol le producía en los ojos. Sorprendido, Hooney trataba de enderezar el cuerpo. *Cross* no se lo permitió.

Actuando con relampagueante rapidez, agarró a Hooney por los pelos y tiró de él con indescriptible violencia. Al pasar, alargó la otra mano y agarró un brazo de Dilly. Era fuerte y arrastró a los dos

desconcertados sujetos, lanzándolos a la piscina, antes de que hubieran tenido tiempo de reaccionar.

Gárson estaba con la boca abierta. De pronto, intentó sacar un revólver del bolsillo de su bata de baño. En el mismo instante, *Cross* disparó contra su cara el contenido de una botella de sifón, situada en la mesita de los licores.

Garson emitió un furioso rugido. Con la misma botella, usada como mara, *Cross* golpeó la mano armada, haciendo saltar el revólver a lo lejos. Luego se inclinó y asió las dos varas de la tumbona.

Echó a correr, llevándola como si fuese una carretilla. Hooney sacaba en aquel momento medio cuerpo fuera de la piscina y la tumbona, con su ocupante encima, de espaldas al agua, le golpeó el tórax, lanzándole de nuevo hacia atrás. Garson, Hooney y la tumbona provocaron un enorme estallido de espumas.

Dilly salía en aquel momento, aún resentido por el alcohol que le había llegado a los ojos. *Cross* saltó hacia él, le hizo girar en redondo y lo arrojó nuevamente a la piscina, de un tremendo puntapié.

Nadando dificultosamente, Garson y Hooney trataban de mantenerse a flote. *Cross* fue a la mesita de licores y empezó a lanzarles botellas y vasos con todas sus fuerzas. Los tres sujetos se vieron obligados a esconderse bajo las aguas, para evitar los impactos de aquellos improvisados proyectiles.

Cross parecía hallarse bajo los efectos de un ataque de demencia. Cuando acabó con las botellas y los vasos, levantó la mesa en vilo y la arrojó también, al igual que la sombrilla, cerrada y como si fuese un venablo de nueva especie, y las sillas. Pero al llegar a la última, reparó en un detalle.

El acceso a la terraza de la casa se hacía mediante una gran cristalera, que ocupaba un buen trecho del muro. *Cross* levantó la silla, era de hierro, sobre su cabeza, tomó impulso y la lanzó con todas sus fuerzas. El estrépito de los cristales al romperse acalló los gritos de furia de Garson y sus secuaces.

Luego se volvió hacia ellos, con el índice extendido amenazadoramente.

—¡Les pesará si vuelven a tocarme!

Decidió salir de la casa y atravesó, convertido en un tornado.

Cristales, espejos, lámparas, cuadros..., todo sufrió las consecuencias de su ira. Armado de una silla, destrozó cuanto encontró a su paso, finalizando con la rotura del parabrisas del coche que le había llevado hasta allí.

Luego se limpió de las manos un polvo imaginario, volvió la cabeza e hizo una mueca de burla. Pero de repente advirtió que había cometido una imprudencia; no podía viajar en un coche con el parabrisas roto, porque despertaría las sospechas de la policía. Entonces fue cuando vio una bicicleta apoyada en un árbol.

CAPÍTULO IX

Debía de pertenecer a Garson, ya un tanto obeso, quien, con toda seguridad, haría ejercicios de pedaleo, para mantener la línea, pensó, mientras descendía la suave pendiente hasta la acera. Al llegar a la calzada, miró a derecha e izquierda y no viendo el peligro, salió de la acera y empezó a darle a los pedales.

«Si me viera Gail», pensó.

Rodó durante un par de miles de metros. De pronto, oyó una voz irónica:

—¿Eres miembro del Comité Anticontaminación?

Cross volvió la cabeza en el acto.

—¡Bonnie!

Ella acompasó la marcha de su descapotable a la velocidad de la bicicleta.

—Hay dos posibilidades —dijo—. O tienes averiado el coche o estás tan pobre que sólo puedes viajar en bicicleta.

—Ni lo uno ni lo otro —contestó él. Apoyó una mano en la portezuela del vehículo y se dejó llevar, suspendiendo el pedaleo—. He tenido un contratiempo, eso es todo.

—¿Qué clase de contratiempo, Lex?

—Psé, gajes del oficio.

—¿No confías en mí?

—No, mujer; es que no me gusta contar mis desventuras...

—Algún fracaso, ¿eh?

—La definición es difícil. Me llevaron a conversar con un tipo y acabamos a estacazos. Yo me enfurecí, les destrocé unas cuantas cosas, incluido el parabrisas del coche que me había llevado hasta allí, y cuando me di cuenta del error... encontré la bicicleta.

—Pero ¿por qué? —se extrañó ella.

—Está relacionado con Annie Meeker. Mejor dicho, con su difunto amigo Hoffman. Me negué a darles informes, hubo palabras

fuertes...

—Diríase que te llevaron a la fuerza.

—Es cierto —admitió él—. Un tal Garson... Creo que es el hombre que se encarga de los trabajos sucios de Finney.

—¿Tiene ese hombre algo que ver con la muerte de Hoffman?

—Seguro, pero ¿quién se lo demuestra? Por cierto, ¿sabes que Annie Meeker ha prometido su asistencia al juicio? Bonnie, a ti te lo digo porque sé que eres persona de confianza, pero nadie más lo sabe, ¿entiendes?

—Seré discreta, no te preocupes —aseguró la joven—. ¿Acaso has conseguido encontrarla?

—No. Ella ha debido de enterarse de que la buscan y telefoneó a la abogado que defenderá a McDonald. Por tanto, podemos considerar a McDonald inocente de los cargos que se le imputan.

—Lo celebro —dijo Bonnie—. Lex, ¿vas a seguir mucho tiempo en la bicicleta?

Cross se echó a reír.

—La verdad es que no me encuentro mal —dijo.

Bonnie palmeó el asiento contigo.

—Anda, siéntate a mi lado —invitó.

—Me han dado buenos golpes en los costados —se quejó él.

—Puedo darte masaje para aliviarte el dolor.

Cross separó la mano del coche y redujo la marcha de la bicicleta. Se desvió a un lado, puso los pies en el suelo, apoyó la bicicleta contra un árbol y caminó hacia el coche, que se había detenido unos metros más adelante.

—Vamos a la sala de masaje —exclamó alegremente.

—Estoy muy ocupado —declaró Hugh Finney—. Sea rápido; mi tiempo es muy costoso.

Cross sonrió levemente. Le había costado un par de días conseguir la entrevista con Finney. La recepción no era precisamente para sentir optimismo.

—Le doy las gracias por haber accedido a recibirme —dijo amablemente—. Sólo quería preguntarle si tiene usted algo que ver con el asunto McDonald.

—No.

—¿Sabe quién es McDonald?

—Está acusado de homicidio. Lo condenarán.

—¿Cómo puede asegurarlo?

—Lo ha dicho el fiscal públicamente. Tiene las pruebas suficientes para conseguir una condena de cadena perpetua.

—¿Por qué cometió McDonald el crimen?

—¿Es que no lee los periódicos, señor *Cross*?

—¿Es usted amigo de Dinkley Garson?

—Fue mi empleado en tiempos. Ahora no trabaja para mí.

—¿Ha oído hablar alguna vez de un tipo llamado Warner Hoffman?

—No, nunca.

—¿Conoce a Annie Meeker?

Finney dudó un instante, un tiempo brevísimo, apreció el joven.

—No —fue la respuesta tajante que dio Finney.

—¿Cree que sea ella la culpable de las muertes de sus asociados, Horston, Halloran y la señora Eardling?

—No tengo nada que decir sobre el particular.

—¿Teme ser atacado por Annie Meeker?

—Hay tantos que querrían borrarle del mundo de los vivos...

—contestó Finney con soma.

—Una última pregunta —dijo *Cross*.

—Con mucho gusto.

—¿Sabe si había alguna relación entre McDonald y Hoffman?

Finney volvió a titubear. De pronto, malhumoradamente, contestó:

—Pero ¿qué le hace pensar que yo haya tenido alguna relación con esos dos sujetos?

—Su pasado, señor Finney —dijo el joven, impávido.

—Soy una persona decente.

—Ahora, tal vez; antes, no.

—Por favor, váyase; la entrevista ha terminado.

—Resultaría interesante conocer la relación que hubo entre McDonald y Hoffman —dijo—. Indudablemente, también estaban relacionados con usted, aunque ha sabido mantener el hecho cuidadosamente oculto.

—Nadie puede afirmar nada en sentido contrario —respondió Finney envaradamente.

—Ésa es su suerte —se despidió el joven.

Cuando salió a la calle, levantó la vista al cielo. Aún tenía tiempo de hacer una visita, se dijo.

Treinta minutos más tarde, se llevaba una gran sorpresa.

Gail llevaba puesto un vestido estampado, sin mangas, con un escote medido y muy ajustado al cuerpo. Las curvas de los senos eran fácilmente perceptibles, incluso el arranque, visto a través del escote. Eran pequeños, pero muy hermosos y perfectamente redondeados.

—Perdone —dijo socarrón—. Me he equivocado. Creí que éste era el despacho de la abogada Toland.

—No se marche —ordenó ella, dándose cuenta de que *Cross* iba a girar en redondo—. Yo soy la abogada Toland.

—Con aspecto de mujer.

—Siempre lo fui.

—Siempre me pareció un... marimacho. Ahora es lo que debe ser.

—¿Ha venido solamente a elogiar mi nueva apariencia?

—El cambio físico es notable. La mente no ha variado.

—Dispense, he sido un poco brusca. ¿Quería algo de mí..., Lex?

Cross contuvo una sonrisa.

—Voy a darle un consejo. Vaya a ver a McDonald y pregúntele por sus relaciones con Warner Hoffman, el amante de Annie Meeker.

—¿Por qué? —se extrañó ella.

—Hágalo. Insista en que le cuente cosas que, seguramente, no le ha dicho aún. Menciónale un posible chantaje a Finney. De lo contrario, puede encontrarse con sorpresas desagradables en el juicio. Amenácele, incluso, con abandonar su defensa si no habla claro. ¿Entendido?

—Sí, lo haré. De modo que McDonald y Hoffman...

—Hoffman era un elemento secundario y podía ser asesinado sin demasiado escándalo. La cosa habría variado con McDonald, por lo que alguien le culpó de un crimen que no había cometido, acumulando pruebas en su contra. Por mucho que diga McDonald, nadie le creerá, ¿comprende?

—Una forma muy hábil de eliminar... un competidor.

—Yo diría que más bien una amenaza contra el actual *status* de Finney. Y sus asociados, claro.

—Mañana sin falta visitaré a mi cliente en la cárcel —prometió la joven—. Lex, dígame, ¿por qué ha venido después de que yo le despidiera?

—Bueno, el caso no está cerrado aún y mi interés sigue. Pensé que era una obligación moral ayudarla en lo posible.

—Yo le había despedido, Lex.

—Otras veces, después de haber terminado el encargo hecho por un cliente, he llegado a conocer detalles nuevos y se los he comunicado, sin añadir un párrafo más a la minuta de mis honorarios. Bien, eso es todo, adiós.

—¡Espere! —dijo Gail imperativamente.

Cross la miró con ojos curiosos.

—¿Qué le pasa ahora? —preguntó.

—¿Por qué se disculpó el otro día, Lex?

El joven hizo un gesto ambiguo.

—Me pareció correcto —respondió.

—¿No... hubo otra razón?

—Sí. Una y muy poderosa. Usted tiene pleno derecho a pensar como le guste acerca de determinados aspectos de la vida y yo no soy quién para influir en sus opiniones, ni menos burlarme de ellas. Eso es todo.

Gail sonrió.

—Celebro que lo haya sabido ver —dijo.

—Siempre resulta útil reconocer los errores a tiempo —contestó él jovialmente.

—En eso estoy de acuerdo con usted.

De pronto, Gail se inclinó un poco, abrió un cajón y extrajo una botella y un vaso de papel.

—¿Un traguito, Lex?

Cross se quedó cortado en un principio. Luego se echó a reír.

—Acepto encantado —contestó.

Mientras bebía, estudió el rostro de Gail. No era una belleza, estrictamente hablando, pero había en aquellas facciones una serenidad y una firmeza como pocas veces había visto. El nuevo peinado la favorecía extraordinariamente y le daba el aspecto de una adolescente. En cuanto a la figura, ahora hecha resaltar por medio del vestido, era sumamente atractiva. *Cross* supo ver que el trauma recibido por la joven años antes la había hecho odiar su

propio cuerpo, ocultando su feminidad bajo unos ropajes deliberadamente asexuados. No, no tenía el pecho plano, como había supuesto al principio.

Levantó el vaso.

—Por su éxito ante el tribunal —brindó.

—¿Asistirá usted? —preguntó ella.

—No me lo perdería por nada del mundo —contestó *Cross*, muy serio.

El hombre abrió la portezuela del coche y se sentó en el asiento posterior. Lynn Shawley y Duke Fox estaban en el delantero.

Shawley hizo arrancar el coche de inmediato.

—Creí que no ibas a venir, Hicks —dijo, gruñón.

—No pude evitar este retraso —se disculpó Rutledge—. Pero ¿qué es lo que quieres de nosotros?

—He estado pensando mucho —contestó Shawley—. No vale la pena seguir en esta situación. Debemos entendernos con la asesina.

—¿Cómo? —exclamó Rutledge, saltando en su asiento.

—Lynn tiene razón —dijo Fox gravemente, sin volver la cabeza—. Ella quiere vengarse, claro está. Debemos convencerla para que nos deje en paz.

—Pero si no sabemos dónde está...

—Se puede poner un anuncio en los periódicos. Sabemos quién es. Le diremos que se ponga en contacto con cualquiera de nosotros. No hará falta que demos nuestros nombres; bastará citar un número de teléfono.

—¿Y qué le ofrecemos? —preguntó Rutledge, aún no convencido de la bondad de la idea.

—Lo que pida. Por mi parte, estoy dispuesto a pagar cien mil —dijo Shawley.

—Yo también. Con trescientos mil dólares, ella abandonaría sus ideas de venganza —añadió Fox.

—¡Cien mil dólares! —Se estremeció Rutledge.

—Los tienes —afirmó Shawley—. Como Duke y yo. Si mueres, los perderías igual y no podrías recuperarlos algún día.

Rutledge remoloneó un poco. La cantidad era excesiva, se dijo, pero a fin de cuentas, la vida valía mucho más.

—¿Lo sabe «él»? —preguntó.

—No —contestó Shawley—. No he dicho nada a Finney. Que se arregle como pueda. A fin de cuentas, él fue quien nos metió en este jaleo y el que, prácticamente, se ha llevado todo el beneficio. No pienso decirle una sola palabra.

—Ni yo —exclamó Fox hoscamente.

—Está bien, de acuerdo. ¿Cuándo ponemos el anuncio?

—Esta misma noche, iré a una agencia, para que salga en todos los periódicos —respondió Shawley, al mismo tiempo que frenaba en un semáforo que acababa de ponerse rojo.

De pronto, un coche descapotable de color claro se situó al lado del conducido por Shawley. Éste volvió los ojos un instante y sufrió en el acto una terrible sacudida.

—¡Ella! —gritó.

Los otros dos volvieron la cabeza en el acto, justamente cuando un objeto de forma alargada, que dejaba una estela de chispas, volaba hacia el automóvil, en el que penetró a través de la ventanilla izquierda.

Dentro del automóvil sonaron unos espantosos gritos de terror. De pronto, pareció que eructaba un volcán.

El techo salió disparado a gran altura, mezclado con unas cosas que despedían siniestros chorros de color rojo. Rutledge salió disparado a través de la luneta posterior, despedido por la fuerza de la explosión. Cayó al arroyo, resbaló un poco y se quedó quieto, mientras los restos del coche empezaban a arder.

CAPÍTULO X

—¿Ha leído la noticia? —preguntó *Cross* por teléfono.

—Sí —respondió *Gail*—. Debió de ser horrible.

—Algo espantoso. Ya sólo queda uno.

—Lex, ¿tantos motivos tiene esa mujer para vengarse? Debe de sentir un odio infinito, ¿no cree?

—Sin duda alguna. La policía ha interrogado a *Finney*, pero éste ha negado tener algo que ver en el asunto. Una cosa está clara: eran seis socios y sólo sobrevive uno. *Finney* ha solicitado protección oficial, cosa que le ha sido concedida sin discusión.

—Lex, ¿cree que ha podido ser *Annie Meeker*?

—Lo dudo mucho —repuso él.

—¿Por qué? —preguntó *Gail*.

—He vuelto a hablar con *Van Roeyn*. Yo también lo sospeché en un principio. *Annie* está escondida, no se sabe nada de ella, tiene motivos para vengarse, dolida por la muerte de *Hoffman*, pero *Van Roeyn* sostiene que era la mujer más dulce y sensible que ha conocido en su vida...

—A ella no se le ha vuelto a ver...

—Porque temía ser asesinada, como le sucedió a *Hoffman*. Pero, además, hay otra cosa.

—¿Sí?

—*Finney* y su banda tenían más enemigos que pelos tenemos entre usted y yo juntos. Alguien decidió eliminarlos, bajo la identidad de una rubia desconocida, a la que se puede achacar la personalidad de *Annie Meeker*.

—Parece razonable, en efecto —convino la joven pensativamente—. De todos modos, ha conseguido una cosa: meter el miedo en el cuerpo de *Finney*.

—Eso es indudable. ¿Ha hablado usted con *McDonald*?

—Sí. Me ha contado cosas muy interesantes, que había callado

hasta ahora. También ha mencionado el tema de la venganza. El conocía igualmente a Annie Meeker. Muy íntimamente, dina yo.

—¿Es posible? Si ella estaba enamorada de Hoffman...

—McDonald ha dado a entender que la actitud de Annie era interesada. Buscaba algo, pero él fue listo y consiguió eludir las peticiones de Annie. Se trataba de unos documentos muy importantes, ¿comprende?

—¿Dónde están esos documentos?

—Ella no lo consiguió, pero sí Hoffman...

—Entiendo. Annie entretuvo a McDonald y Hoffman...

—Se apoderó de los documentos y empezó a hacer chantaje a Finney, el cual no se anduvo con chiquitas y ordenó su muerte. McDonald sostiene la teoría de que esas muertes se deben a Garson. Dice que es fácil contratar a un buen asesino, de mediana estatura, delgado, que se vista con ropas de mujer y se pone peluca rubia. Por poca habilidad que tenga, nadie se dará cuenta de que es un hombre.

—¿Y por qué quiere eliminar Garson a los siete socios?

—No hay más que una respuesta: ambición.

—Pudiera ser —dijo él pensativamente—. ¿Le ha resultado útil la entrevista con McDonald?

—Oh, sí, desde luego. Espero conseguir su absolución.

—Deseo que tenga un éxito rotundo. Por supuesto, asistiré al juicio.

—Gracias, Lex.

Cross colgó el teléfono y encendió un cigarrillo. Se preguntó dónde podría estar Bonnie. Hacía algunos días que no la veía y la echaba en falta.

El juicio contra McDonald se iniciaba el lunes próximo. Cross se dijo si Bonnie querría repetir la excursión.

—Aunque tendría que ser a otro sitio —se dijo.

Pero Bonnie no estaba en casa.

La encontró el domingo por la noche y ello gracias al teléfono.

—Lo siento, cariño —se disculpó la joven—. He estado fuera unos días.

—Te marchaste sin avisar. ¿Tan poca confianza tienes en mí? —le reprochó Cross.

—Quise llamarte, pero se me hacía tarde... No te enfades, por

favor...

—Claro que no, preciosa. ¿Me invitas a una copa en tu apartamento? —sugirió él ansiosamente.

—Tengo un poco de jaqueca. El viaje me ha fatigado... Te llamaré mañana, querido.

—Está bien, tendré que resignarme. Bonnie, ¿quieres que te diga una cosa?

—Lo que tú quieras, Lex.

—Tú sabes muchas cosas de mí, pero yo lo ignoro todo de ti.

Bonnie rió argentinamente.

—Soy sólo una mujer... enamorada —contestó.

—Sí, pero... ¿qué haces?

—Te lo diré algún día. De momento, puedo asegurarte una cosa: no hago nada de lo que deba avergonzarme. A no ser que amarte sea una cosa vergonzosa.

—Yo no lo calificaría de este modo —rió *Cross*.

—Gracias, eres muy bueno. Te llamaré mañana.

—Como quieras.

Cross colgó el teléfono. Meneó la cabeza dubitativo.

¿Bonnie? ¿Gail?

Había algo en Bonnie que le hacía vacilar. Ella no se había dado por completo; era muy reservada en ciertos aspectos de su vida, y era algo que no acababa de gustarle.

Claro que también podía decir lo mismo de Gail, pero, a fin de cuentas, no había existido entre ambos la intimidad que había entre él y Bonnie. Lo cual hacía que las cosas resultaran diferentes.

Sumido en un mar de dudas, se fue a la cama. Le costó mucho dormirse.

Se levantó un poco tarde, no sólo por haber dormido mal, sino porque tampoco tenía prisa por acudir al juicio, que empezaría a las diez de la mañana. Primero se iniciaría la selección de jurados y ello podía ocupar una sesión entera. Luego vendría el desfile de testigos... Quizá pasarían dos días o más antes de que Gail llamase a Ane Meeker al estrado de los testigos.

A media mañana, entró en una cafetería cercana, para desayunar. Cuando llegaba a la barra, vio un rostro conocido.

Inmediatamente se puso en guardia. Para su sorpresa, Tad

Hooney le hizo un saludo amistoso.

—No tema, no habrá gresca —dijo el hampón.

—¿Dónde está la paloma? —preguntó *Cross*.

—¿Qué paloma? —Respingó Hooney.

—La de la paz, con el ramo de olivo en el pico...

—Ah... —Hooney se echó a reír—. Yo diría que más que paloma es un águila furiosa, con una pistola en cada garra.

—No entiendo —manifestó *Cross*, desconcertado a su vez.

—Es bien sencillo. El jefe ha dicho que le dejemos en paz.

—¡Vaya! ¿Qué le ha hecho cambiar de forma tan radical?

Hooney bajó la voz.

—Le han metido el miedo en el cuerpo —contestó.

Cross arqueó las cejas.

—Increíble —calificó.

—Como lo oye.

—Pero ¿quién...?

—Fue una mujer. Yo estaba a su lado, cuando recibió la llamada telefónica. Garson me indicó que usara el supletorio, por si podía captar algún detalle que a él se le pudiera pasar por alto. Lo hago algunas veces, ¿sabe? —dijo el hampón, orgulloso de la confianza que Garson había depositado en él.

Cross entornó los ojos.

—De modo que una mujer —repitió.

—Sí. Oiga, Garson sudaba a chorros. Nunca le he visto tan lleno de pánico, créame. Ella le preguntó si quería acabar con los seis socios de Finney y... Bueno, eso es todo, señor *Cross*...

—Gracias, Hooney.

—No se merecen. Ah, no me tenga más en cuenta lo del otro día. Uno hace lo que le mandan, ¿comprende?

—Claro —sonrió el joven.

Hooney soltó una risita.

—En aquellos momentos me sentía furioso..., pero luego, cada vez que lo recuerdo, me pongo a reír; no puedo evitarlo, créame. Actuó usted como un huracán. Todavía me extraña ver la casa en pie; no sé cómo no la echó abajo.

—Estaba un poco enfadado —dijo *Cross*.

—¿Sólo un poco? Si se llega a poner furioso de veras... ¿Le apetece una copa? —invitó Hooney amistosamente.

—Gracias, por el momento, me conformo con un poco de café.

—¡Eh, sirve una taza de café al caballero! —gritó el hampón dirigiéndose al barman.

Luego miró al joven y meneó la cabeza.

—Y escapó en bicicleta —dijo.

—Quería haberme llevado el coche, pero como le rompí el parabrisas, no quise que algún patrullero me detuviese para hacerme preguntas indiscretas.

—Comprendo. Señor *Cross*, esa mujer debe apreciarle mucho, para amenazar de tal modo a mi jefe, ¿no es cierto?

—Hooney, ¿quiere que le diga una cosa? Le advierto que voy a ser sincero.

—Hable —contestó el hampón.

—No conozco a esa mujer.

Hooney parpadeó.

—Entonces es un hombre doblemente afortunado —dijo.

—Sí, eso creo.

Cross apuró la taza de café y palmeó los hombros a Hooney.

—Salude a Garson en mi nombre —sonrió.

—No le diré nada; le daría un ataque de hígado —contestó el sujeto con una atronadora carcajada.

El edificio de los tribunales se alzaba en una vasta explanada, abundante en hierba y con algunos árboles añosos, que quitaban solemnidad a la construcción y le daban un aspecto mucho más agradable. A ambos lados del sendero central, que conducía a la gran escalinata de acceso, había dos surtidores con sendos estanques. También se veían algunos bancos, situados especialmente en lugares donde pudieran recibir sombra de los árboles.

El juicio contra McDonald había empezado dos días antes. Había una gran expectación y la sala estaba llena a rebosar de espectadores interesados en el desarrollo del suceso. Era un crimen que había hecho bastante ruido en su día y, además, el acusado era defendido por una mujer joven y bonita.

Cross se sentía satisfecho. Gail había modificado radicalmente su aspecto y parecía una mujer enteramente distinta, aunque en las sesiones vestía con cierta severidad, que no excluía la elegancia en

el atuendo. Asimismo había sabido peinarse con arte y unos ligeros toques de maquillaje añadían a sus facciones un encanto desconocido hasta entonces.

Por el momento, las sesiones transcurrían monótonamente. El fiscal insistía en sus cargos. Gail trataba de rebatirlos, pero, hasta aquel momento, sus intentos no habían tenido el menor éxito. Se sabía que McDonald había amenazado de muerte a la víctima en varias ocasiones, una vez lo había golpeado y, finalmente, había varios testigos que aseguraban haber visto a McDonald con el muerto, el mismo día del asesinato.

El arma del crimen no había sido encontrada, pero el fiscal aseguraba que había muchos sitios donde se podía arrojar una pistola, sin que se encontrase jamás. Se sabía positivamente que McDonadl poseía un revólver, con licencia de la policía y registrado adecuadamente, pero no había sido hallado en su casa ni en su oficina. El calibre del arma coincidía con el de la bala extraída del cadáver de la víctima.

A juicio de los observadores más conspicuos, la tarea del fiscal estaba resultando muy fácil. Conseguiría que el jurado emitiese un veredicto de culpabilidad, en un caso de homicidio en primer grado.

CAPÍTULO XI

Estaba sentado en un banco, leyendo apaciblemente un periódico, con las hojas desplegadas. En aquellos momentos, apenas si había nadie en el pequeño parque. Sólo un par de policías permanecían aburridamente ante la entrada principal del edificio.

El día era espléndido. El murmullo del agua de los surtidores era agradable, relajante. Al otro lado, una joven paseaba con el coche de su hijo, todavía de pocos meses. Era una visión idílica, apacible, llena de sosiego y de tranquilidad.

De pronto, un taxi se detuvo junto a la acera. Una pasajera abonó el importe de la carrera y se apeó. Era una mujer alta, muy esbelta, vestida con un traje oscuro, de manga corta, con guantes de malla muy fina. Se tocaba con una especie de boina grande, de terciopelo rojo vino y llevaba un bolso pendiente de la mano izquierda. Los tacones de sus zapatos, muy escotados, medían ocho centímetros.

El hombre que leía el periódico la miró a través del agujero practicado en el papel. Luego, muy despacio, hizo asomar por el orificio el grueso tubo del silenciador de una pistola. El agujero era lo suficientemente grande para poder tomar puntería a su través.

De pronto, sintió un terrible dolor en el cuello y rodó por el suelo. La mujer vio la escena y se detuvo un instante.

Cross, situado tras el banco, sonrió, agitando la mano en señal de saludo. Ella vio la pistola caída sobre el césped y movió la cabeza en señal de gratitud. Luego siguió andando.

Después de subir la escalinata, se detuvo ante uno de los guardias, que no se habían percatado del incidente. Habló con uno de ellos, quien asintió brevemente y extendió la mano para indicarle el camino. Ella desapareció al poco en el interior del edificio.

Cross recogió la pistola y la ocultó tras el periódico. Con su

propio cuerpo, más el banco, tapaba el del sujeto caído en el suelo.

Pasaron algunos segundos. *Cross* fingía leer el diario. El pistolero se sentó, desconcertado, frotándose el cuello dolorido, por el golpe que *Cross* le había propinado con el canto de la mano.

—Estoy apuntándote con tu propia pistola —dijo el joven—. Los policías de guardia no nos ven, no se han dado cuenta de nada, o ya estarían aquí. Vas a contestarme a una pregunta o te mataré aquí mismo. Sabes muy bien que no se oiría el disparo. Caerás hacia atrás, taparé tu cabeza con el periódico y el que te vea, pensará que te has dormido sobre la hierba. Yo estaré muy lejos de aquí antes de que nadie sepa lo que ha sucedido. ¿Has comprendido bien lo que quiero decirte?

El pistolero, aún sentado en el suelo, tenía la boca abierta. En sus ojos había una expresión de pánico. Su propia pistola asomaba por el agujero que el mismo había hecho en el periódico.

—¿Quién es usted? —preguntó roncamente.

—Si te sirve de algo, te diré mi nombre; *Lex Cross*. Y tú me vas a decir ahora mismo quién te pagó por matar a *Annie Meeker*. Tienes cinco segundos para elegir entre la vida o la muerte.

—*Finney* —contestó el pistolero al instante.

—Me lo suponía —sonrió *Cross*, todavía oculto por el diario—. Escucha, *Finney* te ha pagado por el trabajo. Pero es muy rencoroso y no te perdonará el fallo. Tarde o temprano, hará que te busquen. Te encontrarán, puedes tenerlo por seguro. Vete de la ciudad antes de que sea demasiado tarde.

El pistolero se puso en pie.

—*Finney* sabrá muy pronto que *Annie Meeker* ha declarado en el juicio —añadió *Cross*—. En tu lugar, yo echaría a correr inmediatamente.

—Descuide —respondió el matón.

Dio media vuelta y echó a andar. *Cross* permaneció en el mismo sitio hasta que lo vio desaparecer en su automóvil, estacionado a unos ciento cincuenta metros de distancia. Luego guardó la pistola en la pretina de los pantalones, dobló el periódico y, con aire intrascendente, se encaminó hacia el palacio de Justicia.

—Usted es *Annie Meeker* —dijo *Gail*.

—Sí, señorita —respondió la interpelada, sentada en el estrado

de testigos.

—¿Puede demostrarlo documentalmente?

—Tengo el permiso de conducir, tarjetas de crédito, tarjeta del seguro social...

—Dispongo de fotografías que le tomaron a usted, cuando ejercía su profesión de modelo fotográfico. Fueron tomadas por el señor Van Roeyn, a quien llamaré después, para que la identifique satisfactoriamente antes este tribunal —dijo Gail, con la vista fija en el jurado—. Pero dado que aceptamos su identidad, he de hacerle ahora un ruego, señorita Meeker.

La testigo asintió.

—Quítese las gafas oscuras, por favor —dijo Gail.

Ella accedió. Todos los asistentes vieron un rostro de gran belleza, con pómulos algo salientes y ojos levemente oblicuos. El pelo era de color rojizo oscuro, muy rizado.

—Gracias, señorita Meeker. Ahora, por favor, diga al jurado qué sucedió el día en que fue asesinado el hombre de cuya muerte se acusa a mi cliente. Me refiero, naturalmente, a hechos en los que usted tuvo intervención.

—Sí —contestó Annie—. Ese día fui a visitar al señor McDonal a su apartamento. Había ido otras veces y el portero me conocía y me saludó afectuosamente tanto a la entrada como a la salida.

—Diga al jurado cuáles fueron las horas de entrada y de salida, señorita Meeker —pidió Gail.

—Fui a las tres menos algunos minutos y salí pasadas las nueve de la noche.

Un murmullo se levantó de inmediato en la sala. El juez tuvo que utilizar el mazo para restablecer el silencio.

Gail sonrió.

—Es decir, estuvo más de seis horas en el apartamento del señor McDonald.

—En efecto.

—¿No salió él en algún momento dado de ese espacio de tiempo?

—No, en absoluto.

—¿Cómo puede estar tan segura de ello?

—Estuvimos juntos todo el tiempo, sin separarnos un solo instante.

—¿Ni siquiera en determinados momentos?

—Algunos minutos, si él o yo íbamos al baño, pero la separación no duraba más de un cuarto de hora.

—De la casa de McDonald a la de la víctima hay, por lo menos, media hora en coche, y eso contando con que el tráfico sea fluido. Por tanto, si el acusado pensó asesinar a su víctima, tuvo que emplear, al menos, una hora del tiempo mencionado.

—No, rotundamente no; el señor McDonald no se separó de mí, en ninguna ocasión, más de quince minutos —declaró Annie Meeker con gran énfasis.

Gail giró a su izquierda.

—Señor fiscal, le cedo el turno —sonrió.

El fiscal se levantó.

—No haré preguntas —manifestó.

El juicio había terminado ya. Las deliberaciones de los jurados habían durado escasamente un cuarto de hora. *Cross* aguardó pacientemente a que Gail recibiera las felicitaciones de otros colegas y hasta del mismo fiscal. Al fin, pudo acercarse a la muchacha.

Ella aparecía radiante.

—¿No me felicita, Lex?

Cross la agarró por los hombros y la besó sucesivamente en ambas mejillas.

—¿Qué le parece? —sonrió.

Gail se sonrojó intensamente.

—Gracias —contestó muy turbada.

—La ayudaré a recoger sus cosas —se ofreció él.

—¿Ha visto a Annie Meeker? —preguntó Gail.

—Sí. Una mujer con una gran serenidad. Tuvo que responder a preguntas muy comprometedoras y no se alteró por ello. ¿Había hablado con Annie antes del juicio?

—Anoche me llamó por teléfono y establecimos algunos detalles para el interrogatorio. Pero no la había visto hasta que se sentó en el sillón de los testigos. Es muy guapa y muy elegante, ¿verdad? Claro que —suspiró Gail—, su oficio lo requiere.

—Usted tampoco tiene nada que envidiarla —aseguró *Cross*—. Pero ha estado a punto de que no pudiera salvar a su cliente.

Ella le miró vivamente sorprendida.

—¿Quiere decir que Annie estuvo a punto de negarse a declarar? —preguntó.

—Estuvo a punto de morir. —Protegiéndose con el periódico, *Cross* señaló los faldones de la chaqueta y enseñó la culata de la pistola que llevaba en la pretina del pantalón—. Se la he quitado al pistolero —añadió.

Gail se sentía estupefacta.

—Pero ¿cómo...?

Cross agarró el maletín con una mano, el brazo de Gail con la otra, y la empujó hacia la salida.

—Hablaremos un poco más tarde —dijo entre dientes—. Ahora, prepárese a sufrir los inconvenientes de la fama y pose para los fotógrafos, cámaras de televisión y de cine, y atienda a los periodistas.

—Sí..., sí... —contestó ella, muy turbada—. Pero ha podido costarle caro; entrar con una pistola en el tribunal...

—Los ujieres me conocen y saben que nunca llevo armas —replicó él.

De pronto, llegaron a la puerta. Los fogonazos de los fotógrafos cayeron sobre la muchacha. Una docena de periodistas se abalanzaron sobre ella. Había manos que llevaban cámaras y pértigas con micrófonos. Era una barahúnda indescriptible, que ella soportó estoicamente durante unos minutos. Luego, el interés decreció y *Cross* pudo abrirle paso hasta llegar a su coche, en el que embarcó a la joven, sentándose él tras el volante. Dio unos cuantos bocinazos y así pudo arrancar.

—¡Uf, creí que me devoraban! —dijo Gail—. Nunca imaginé que el peso de la fama fuese tan abrumador.

—Ahora le lloverán clientes a su despacho. Ésa es otra de las cosas buenas de la fama.

Gail se volvió en el asiento hacia *Cross*.

—Cuénteme el origen de esa pistola —pidió.

—Habría podido fijarse que en los días precedentes no estuve nunca en la sala de audiencias. Mientras duraban las sesiones del juicio, yo estaba en el exterior.

—¿Sospechaba algo?

—Si Hoffman murió, Annie podía correr la misma suerte. Hasta

ahora había permanecido oculta. Cabía la posibilidad de que acudiese a juicio, para exculpar a McDonald. Eso era algo que no convenía al que hizo recaer todas las culpas sobre este último.

—¿Quién es?

—Sin poderlo demostrar, por supuesto, Finney.

—Y envió a alguien...

—Un inofensivo ciudadano, sentado a la sombra leía el periódico que tiene usted al lado. Hay un agujero en el centro y por él pasaba el cañón de la pistola, que le quitó, después de darle un buen golpe, justo cuando ya apuntaba a Annie.

—No se ha apreciado el menor síntoma de alboroto —observó ella.

—Todo sucedió con la máxima discreción —respondió *Cross*.

—¿Qué ha sido del pistolero, Lex?

—No tenía ganas de compromisos. Lo dejé marchar. Oh, no proteste; se irá de la ciudad. Ahora tiene miedo de Finney. Era la mejor solución, ¿comprende?

Gail asintió, muy pensativa. De pronto, exclamó:

—Lex, ¿sabe? Creo que usted conoce a Annie Meeker.

—No me diga —sonrió *Cross*.

—Cuando hablé con ella por teléfono, una vez que me llamó para anunciarme sus propósitos de asistir al juicio, pronunció una frase que no comprendí entonces. Ahora me parece clara, perfectamente inteligible.

—¿Qué dijo, Gail?

—Exactamente esto: «Tiene usted un excelente colaborador. No lo pierda, no lo deje escapar nunca». Pero yo pensé que se refería a mi padre y creí que Annie, a su vez, pensaba que recibía sus consejos sobre cuestiones legales. Ahora me doy cuenta de que se refería a usted. Un día perderé a mi padre, pero no podré dejarlo escapar, porque siempre estará a su lado.

Hizo una pausa y añadió:

—Aunque me case, claro. Una hija que quiere a su padre, no le deja nunca del todo, a pesar de que viva con su esposo en otra casa.

—Si Annie dijo eso, no se refería a mí —contestó *Cross* con voz tensa.

—Yo creo que sí, aunque no pienso insistir sobre el tema, Lex. ¿Por qué no viene a cenar esta noche a casa?

—No sé si podré. En todo caso, ya la avisaría.

—Habrá una botella de champaña en el frigorífico.

—¿Qué se ha hecho de la LPTT? —exclamó él.

—¿Cómo dice?

—Liga Pro Templanza Total —exclamó él.

—Oh, era una invención mía...

—Pero muchas de las frases dogmáticas que pronunciaba eran sinceras.

—He cambiado un poco —admitió la joven.

—Y no sólo en el aspecto físico, por fortuna.

—¿De veras lo piensa así? —sonrió ella, evidentemente halagada.

—No se lo diría, en caso contrario.

—Lex, papá estuvo hablando conmigo. Me dijo que le había contado lo que me sucedió hace años. Entonces comprendí por qué se había disculpado usted.

—Era lo menos que podía hacer, ¿no cree? Dígame, ¿ha superado ya aquel trauma?

Gail hizo un gesto de aquiescencia.

—Totalmente —respondió.

CAPÍTULO XII

Cuando entró en su casa, sonaba el teléfono. Las preocupaciones que le embargaban y llenaban su ánimo de dudas, se disiparon momentáneamente.

Levantó el aparato:

—*Cross* —dijo.

—¡Hola, socio! —exclamó Warburton jovialmente—. He hablado con Gail. Está entusiasmada. Te pone por las nubes.

—Vaya, toda una sorpresa.

—Ha cambiado muchísimo en estos días. Está desconocida. Gracias, Lex.

—Hombre, yo no he hecho nada...

Sonó una risita.

—¿Quieres que te diga una cosa, antes de que me vaya de la ciudad un par de semanas, para hacer un viaje de recreo por el país?

—Claro, socio. ¿De qué se trata?

Warburton se echó a reír.

—Nunca estuve enfermo ni nada que se me pareciera. Pero Gail empezaba a caer en una crisis peligrosa y me dije que no había nada mejor para combatir sus depresiones que meterla de bruces en un caso complicado y que tú la ayudarás. Ha salido todo tal como lo planeé.

—Viejo zorro —le apostrofó *Cross*.

—Lex, es mi hija. La quiero mucho.

—Condenado trapacero...

—Gail es ahora una mujer completamente nueva. Haz que siga siéndolo siempre.

—Al final lo vas a conseguir —gruñó el joven.

—Ya te dije que serías un yerno ideal. Adiós, Lex; si os casáis aunque yo no esté presente, no me enfadaré por ello.

Cross dejó el teléfono, satisfecho y enojado a un tiempo. Meditó unos instantes. Aún tenía una tarea inconclusa. Realmente, el caso McDonald no estaba cerrado por completo.

Había que buscar el modo de darlo por finalizado definitivamente.

Bonnie abrió la puerta y sus ojos chispearon de alegría al reconocer a su visitante. *Cross* apreció que ella sujetaba con ambas manos una toalla enrollada en torno a su cabeza y que estaba vestida con una bata corta de baño.

—Pasa y aguarda unos minutos —dijo Bonnie—. Justamente estaba terminando de lavarme la cabeza cuando llamaste...

Cross la miró fijamente a la cara.

—Te has depilado las cejas —observó.

—Siempre las tuve muy finas. Añadía lápiz para engrosarlas —contestó ella—. Anda, sírvete algo de beber...

Cross se acercó a la joven y le quitó la toalla. El pelo era de color castaño, con vetas de rojo oscuro.

Bonnie se puso seria.

—¿Qué pretendes, Lex? —preguntó.

—Las cejas depiladas, no finas por naturaleza; el hábil maquillaje que hace tus pómulos más salientes y unas sombras muy acentuadas en torno a los ojos... Una distinta forma de la boca, merced al lápiz labial y ese pelo, en lugar del rubio natural liso, o de la peluca también rubia... El cambio de aspecto es absoluto, Annie.

Ella permaneció rígida, muy tensa, respirando con fuerza.

—Cuando eras Bonnie Syphall, apenas llevabas maquillaje —continuó él—. Es posible, incluso, que hayas ganado unos cuantos kilos, lo que llena tus mejillas. De esta forma, siendo la misma, eras absolutamente distinta a la modelo fotográfica que actuaba en el estudio de Van Roeyn.

Annie buscó cigarrillos y encendió uno nerviosamente.

—Mi vida corría peligro —dijo.

—Y también la de seis personas que ya han muerto —respondió él.

Hubo un momento de silencio. Annie se volvió rápidamente.

—¡Se lo merecían! —exclamó, con salvaje acento de odio.

—¿De veras?

—Asesinaron al hombre al que yo amaba locamente. Tenía que vengarme de ellos.

—Pensé que estabas enamorada de mí. ¿O lo fingías?

Annie se conturbó.

—Tú... eres distinto —contestó.

—Me diste pruebas de estar enamorada. Lo dijiste en más de una ocasión. Llegaste a jurarme que nunca habías sido tan feliz. Y yo llegué a creerte. Debías de reírte interiormente de mí, mientras pronunciabas tan bellas frases, mientras simulabas arder en mis brazos... ¡Qué tonto era yo! Tenía tu fotografía en el bolsillo y a ti a mi lado, y no sabía que Annie y Bonnie eran una misma persona.

—Lex, en esos momentos era sincera, pero, comprende, no podía renunciar a mi venganza.

—¿Amabas realmente a Hoffman, tanto como para cometer seis asesinatos?

Ella vaciló.

—Hubo un tiempo en que no veía más que por sus ojos —confesó—. Pero ahora, empezaba ya a olvidarlo... Por lo menos, no le echaba de menos, aunque seguía considerando que sus asesinos debían ser castigados.

—Hoffman no era un inocente.

—Sí, ya sé que se enteró de algunas cosas comprometedoras...

—Hizo algo peor que enterarse de ciertas cosas interesantes. Fue el que mató al hombre de cuyo crimen estaba acusado McDonald.

Annie retrocedió un paso.

—¡No, Warner no era un asesino!

—El y McDonald se parecían bastante. Incluso se compró un traje análogo al que usaba McDonald habitualmente.

—¿Eso... hizo? —dijo Annie débilmente.

—McDonald usa gafas, porque es miope. Hoffman se compró unas idénticas aunque con cristal neutro. Por eso todos los testigos declararon haberle visto entrar y salir de la casa de la víctima el día del crimen. Por eso mismo murió, además de los documentos comprometedores, de los que quería sacar una buena tajada. Entró en una partida de juego muy peligrosa y le repartieron todas las cartas malas.

—Has averiguado muchas cosas, Lex.

—Sí, es cierto. Después de terminado el juicio, hice unas pesquisas por mi cuenta. Volví a hablar con Van Roeyn, conseguí más datos sobre Hoffman, hablé también con los porteros de varias casas; McDonald me ha enseñado su ropero... He atado muchos cabos, que me han permitido llegar a esa conclusión, Annie.

—Pero ¿por qué cometió ese crimen, Lex?

—¿Por qué iba a hacerlo? —respondió él—. Naturalmente, por dinero.

—O sea que le pagaron...

—Sí.

—¿Quién?

—Sólo hay una respuesta.

—Finney.

Cross asintió. Ella, meditabunda, aplastó el cigarrillo contra el cenicero.

—Lex, tú no me habías visto antes nunca —dijo—. Sé que mi aspecto, con esos retoques, había cambiado radicalmente. ¿Cómo llegaste a saber que yo soy Annie Meeker?

—Garson me dejó en paz, porque tú le amenazaste por teléfono y se lo tomó muy en serio. Sólo había dos personas que sabían de mis entrevistas con Garson: la abogada Toland y tú...

—Y has esperado todos estos días...

—Era preciso que finalizara el juicio. Luego, he hecho las investigaciones, No podía venir antes.

—Te vi y pronto supe que eras distinto a los demás. Pero yo había iniciado mi venganza —dijo Annie sordamente.

—Tal vez confiabas en que yo no me diera cuenta nunca.

Ella asintió.

—Pensaba marcharme muy lejos. Gail Toland te dijo algo, ¿no?

—Sí. Gracias.

—Es una joven excelente, Lex.

—Se lo diré.

—Me has causado una gran decepción. —Annie meneó la cabeza—. Nunca supuse que Warner...

—Te convenció para que pasaras con McDonald más de seis horas. En realidad, no quería que supieras que se había convertido en un asesino.

—Eso ya no importa mucho, ¿verdad? —dijo Annie tristemente

—. Lex, nunca olvidaré aquellos momentos tan felices en la playa...

—Fue, precisamente, cuando suponías que querían matarte a ti, porque temías haber sido descubierta.

Ella dio un par de paseos por la habitación. De pronto, se detuvo junto a la consola.

—Lex, ¿qué piensas hacer ahora? —inquirió, mirándole directamente a los ojos.

—¿Qué responderías si tú estuvieras en mi lugar?

Hubo un momento de silencio.

—Esto ha sido para mí una tragedia y se inició en el momento en que conocí a Warner y no supe lo que había detrás de su espléndida fachada —dijo Annie muy despacio—. Y como toda tragedia, no puede tener un final feliz.

Cross se alarmó.

—¡Annie! ¿Qué piensas hacer? —exclamó.

Ella abrió uno de los cajones con movimiento fulgurante y sacó un revólver, cuyo gatillo apretó en el acto. *Cross* saltó a un lado, justo en el instante en que se oía otro estampido en la puerta de entrada.

Se oyó un aullido. *Cross*, atónito, se volvió y divisó a un hombre que se sentaba en el suelo, apretándose la pierna izquierda con ambas manos.

—Maldita sea... Me ha roto el hueso —jadeó Finney.

De pronto, sonó un apagado gemido. *Cross* volvió la cabeza.

Annie estaba sentada en el suelo, con la espalda apoyada en la consola. Su bata se había abierto. Entre aquellos hermosos senos, que *Cross* había acariciado, se veía un redondo agujerito, del que brotaba el pequeño reguero de líquido escarlata.

Cross se arrodilló ante la joven.

—No te muevas, Annie; llamaré a una ambulancia.

Ella hizo un gesto negativo.

—Es... inútil... —dijo con un soplo de voz. Súbitamente, su cabeza se dobló a un lado y acabó tendiéndose de costado.

Al otro lado de la habitación, sonó un gruñido. *Cross* se levantó de un salto. Su pie derecho alejó el revólver cuando Finney estaba ya a punto de recobrarlo.

El joven le dirigió una dura mirada.

—Cometió muchas trapecerías y siempre salió indemne. Esta vez

será diferente, Finney.

—Declararé que fue... en legítima defensa...

Cross recogió el revólver de Annie, lo limpió cuidadosamente y luego lo empuñó con fuerza.

—Yo disparé contra usted, al ver que había asesinado a Annie —dijo Finney.

—Es una buena solución —aprobó Gail, al día siguiente.

—Finney merece estar en la cárcel el resto de sus días. A veces, hay que ayudar un poco a la ley.

—Tal vez sea lo mejor —suspiró ella—. Lex, dime, ¿querías a Annie?

—Sólo la conocí en los últimos momentos —respondió *Cross*.

—No evadas la cuestión. Annie y Bonnie eran la misma persona.

—Digamos que me hechizó.

—No era una bruja.

—A veces, lo parecía. Pero...

—Pero ¿qué, Lex?

—No lo sé. Es difícil definirlo. Yo presentía que lo que había entre Annie y yo no podía durar. Tenía que acabarse y no demasiado tarde.

Gail sonrió, comprensiva.

—Se te pasará —aseguró.

—Eso espero. —*Cross* la miró con el ceño fruncido—. ¿Dónde está tu padre?

—Ha ido al John II Hospital, para hacerse un chequeo a fondo. Dijo que yo debía seguir con el trabajo en el bufete...

Estará ausente un par de semanas...

Cross se echó a reír.

—¿De qué te ríes? —preguntó.

—El viejo trapeцero... Gail, tu padre nunca estuvo enfermo del corazón.

—¿Qué? —gritó ella, atónita.

—Lo hizo para que tú salieras de la crisis en que estabas sumergida. Me lo dijo él mismo. Ahora está de viaje por ahí, no sé dónde, pero, desde luego, no en la cama de ningún hospital.

Gail se enfadó primero, pero acabó por sonreír.

—Es un hombre muy astuto —calificó.

—Yo diría que tiene el don de la profecía —manifestó *Cross*.

—¿Adivino?

—Sí.

—¿Te ha hecho ver el futuro?

Cross sonrió maliciosamente.

—¿Dónde está esa botella de champaña? —preguntó.

—La traeré ahora..., pero recuerda que no soy muy aficionada al alcohol.

—Sólo una copa cada año —dijo él solemnemente.

De pronto, alargó la mano, asió uno de los brazos de la joven y la atrajo hacia sí.

—Lex —dijo ella débilmente.

—Tu padre dijo que si estábamos casados a su vuelta, no se enfadaría por no haber asistido a la boda.

—Me vas a hacer llorar —gimoteó la muchacha—. ¿Por qué me dices esas cosas, Lex?

—¿No te gustan?

—Precisamente... porque me gustan...

Cross elevó los ojos al cielo, a la vez que encerraba en sus brazos el esbelto cuerpo de la joven.

—Gail, quiero que te portes como una mujer —dijo—. Olvídate de tus traumas, olvídate de lo pasado... Piensa que; no todos los hombres son iguales.

—Pero tú... eres..., eres un...

—A veces, un fresco. Sin embargo, exageraba cuando estaba delante de ti, porque tú también exagerabas.

Gail lanzó un hondo suspiro.

—Lex...

—Dime, encanto...

—Annie me aconsejó que no te dejara escapar...

—¿Y...?

Ella le echó los brazos al cuello.

—Seguiré su consejo —exclamó con singular vehemencia.

FIN

**¡En calidad de novedad
exclusiva!**

M. L. ESTEFANIA



El mundialmente famoso
autor brinda a sus
lectores la posibilidad
de saborear sus mejores
relatos en las Colecciones...

**CENTAURO Y
OESTE
LEGENDARIO**

**¡Cada título, un vendaval
de emoción! Y atención:
¡Son primeras ediciones!**

*Asegure
su
ejemplar*

**EDITORIAL
BRUGUERA, S. A.**



**PRECIO
EN ESPAÑA 30 PTAS.**

Impreso en España

